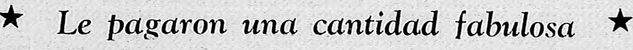
REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, FEBRERO 10 DE 1934 — No. 27

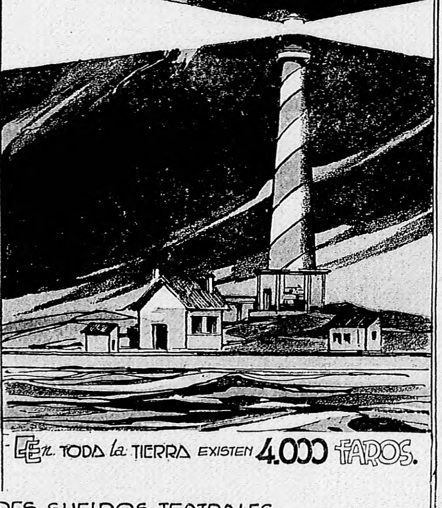
VISTO Y OIDO



por PREMIANI

La PLANTA de MAYOR RENDIMIENTO y MAYOR PROVECHO es la de CACAO.

El EMBLEMA NACIONAL MEJICANO TIENE un REMOTO ORIGEN INDÍGENA. Los AZTECAS VIERON a un ÁGUILA QUE ATACABA a una SERPIENTE y ADOPTARON la ESCENA por ENSEÑA, FUNDANDO en el LUGAR la CIUDAD de TENOCHTITLAN, LLAMADA, MAS TARDE, por los CONQUISTADORES, MÉJICO.



En TODA la TIERRA EXISTEN 4.000 FAROS.



Los GRANDES SUELDOS TEATRALES son ANTIGUOS. El EMPERADOR VESPASIANO PAGÓ 20.000 PESOS ORO al ACTOR APOLINAR por SU ACTUACIÓN en la REAPERTURA del TEATRO MARCELO.-

Los PRINCIPALES CISMAS de la IGLESIA CATÓLICA DERIVAN de la CUESTIÓN de la PUREZA de MARÍA, QUE RECIÉN fué DECLARADA VIRGEN en la EDAD MEDIA y CONVERTIDA en DOGMA su CONCEPCIÓN INMACULADA en el SIGLO ÚLTIMO.

Un Cuento Policial:

El Cadaver Viviente ★

POR LUDWIG BAUER

LA ganzúa bien engrasada no dejó oír ningún ruido metálico y, en la sombra, la figura alargada del intruso avanzó de manera lenta e irresistible. Sebastián Muller permanecía impasible, sin que por ello su atención disminuyera. Cada objeto de la habitación debía ser considerado como una especie de enemigo: un enemigo del cual había que desconfiar y triunfar sobre él a fuerza de astucia. Después de hacerse estas reflexiones, Sebastián sonrió con satisfacción y continuó avanzando a tientas. El camino carecía libre de obstáculos. Desde el lecho se sentía el roncar ligero, igual y triunfante de Cecil Light. Este rumor rítmico llenó de confianza a Sebastián. Era el mismo rumor que lo había guiado, que le había servido de hilo conductor y que lo había tranquilizado.

No estaba, ahora, muy lejos del tesoro del hombre dormido. Unos pasos más y las alhajas serían suyas. Los dedos exploraron el mármol frío del armario. Nada. Decididamente, el joyero debió haber tomado sus precauciones y había guardado las piedras preciosas debajo de la almohada. Con toda tranquilidad, Sebastián sacó de un bolsillo la máscara empapada en cloroformo y deslizó la otra mano debajo de la almohada...

Cecil Light roncó un poco más fuerte y, en el momento preciso en que los dedos del ladrón palpaban el saco de las joyas, el hombre adormecido cambió de posición, dando la espalda a su enemigo.

Sebastián puso el botín en su bolsillo y se enderezó. La respiración del hombre parecía haber cambiado; ahora era más irregular, más oprimida. ¿Estaba por despertarse? ¿Fingía dormir solamente? Sebastián se sintió invadido por la duda, y decidió, por cualquier eventualidad, colocar la máscara sobre la cara de Cecil Light. Pero para ello sería necesario luchar. Decidió aguardar un poco, antes de entrar en acción, mientras sus ojos escrutaban la oscuridad impenetrable y trataba de adivinar los movimientos del hombre que dormía o que fingía simplemente dormir...

Sebastián permaneció así cerca de dos minutos, encorvado sobre el joyero, anhelante, espiando sus movimientos. La misteriosa calma del hombre, una calma que no podía ser normal, lo atemorizaba. Por fin, en un momento dado, le pareció notar un pequeño movimiento a lo largo de la sábana.

Este estado de tensión nerviosa se volvía insoportable. Sebastián creyó haberse engañado y resolvió dejar la estancia con su botín. Pero, al llegar a la puerta se volvió para observar al durmiente que, mientras tanto, había dejado de roncar.

En la oscuridad, Sebastián Muller vió ahora, nítidamente, una sombra que se agitaba en el lecho, como si buscara, ansiosamente, algo. Esa sombra era la mano del joyero. No cabía duda: buscaba el timbre de alarma. Cecil Light no dormía y estuvo espiando todos los movimientos del ladrón...

Rápidamente, Sebastián se precipitó sobre el comerciante antes que la mano pudiera alcanzar la campanilla. En el apuro del ataque, la máscara cayó de sus manos y fué a rodar a un rincón de la habitación. Imposible recuperarla; imposible hacer otra cosa que apretar con la mano fuerte, muy fuerte, el cuello de su enemigo, para impedir, para siempre que la mano de Cecil Light llegara a la campanilla.

En efecto, Sebastián se echó sobre el lecho con todo su peso para oprimir más aún a su enemigo, mientras su mano enguantada seguía apretando desesperadamente el cuello de Cecil Light. Un raro murmullo se sintió, luego un cuerpo que va aflojando blandamente todos sus músculos. Luego, nada. Reposo.

Pasaron dos o tres minutos. Sebastián se sentía más calmo y menos nervioso que cuando entró en la habitación e ignoraba que pocos minutos después tendría que cometer un crimen; pero, dado que ese crimen se había impuesto como una necesidad, todo andaba bien. Evidentemente, el asunto no pudo solucionarse de otra manera.

El ladrón se acercó al cuarpo de Cecil Light para ver si respiraba aún. No; el joyero permanecía inánime. Entonces el bandido cubrió el cuerpo de su víctima con la sábana y lo colocó en posición normal. Luego, dirigiéndose hacia el conmutador, encendió la luz. Fué hacia el espejo y revisó atentamente sus ropas. Nada de sospechoso. Sólo algunas plumitas de la almohada se habían adherido a la lana de su traje inglés. Lo limpió pulcramente con la ayuda de un cepillo que encontró cerca del lavabo.

Satisfecho, se volvió a mirar. Luego dirigió una postrer mirada hacia el lecho donde yacía su víctima. Debajo de la sábana las formas del hombre asesinado se diseñaban de extraña manera. Parecía que el cadáver se estuviera moviendo. Sonrióse de las alucinaciones de su mente al tiempo que, con paso ligero, se dirigía hacia la puerta. Antes de apagar la luz volvió a mirar al muerto: nada, sólo un dedo del pie que emergía de bajo de la sábana, un dedo blanco y doblado de singular manera.

Afuera, en el corredor, todo estaba tranquilo. Sebastián se encaminó ágilmente hacia la salida del hotel. Era ese el instante del supremo peligro. No peligro inmediato, pero sí futuro. Cualquier persona podía fijarse en él y, luego, durante la investigación, dar su filiación. En fin, todavía quedaba la terrible amenaza del portero. Podía darse que estuviera durmiendo, pero no esperaba tamaña suerte. Sebastián alcanzaba ya la zona peligrosa que había de decidir su destino.

A nadie había encontrado hasta ahora. El portero se encontraba sentado a la derecha, con la cabeza entre las manos y dando la espalda a la puerta giratoria. Tranquilamente, Sebastián hizo girar la puerta, colocándose de manera de hacer imposible que el portero viese su rostro. Ya se encontraba en la calle. En ese preciso instante tropezó con un señor de edad, vestido de smoking. Con mucha presencia de espíritu, Sebastián balbuceó una excusa en inglés. El señor respondió con una sonrisa cortés. Luego, Sebastián se hundió en la noche y se consideró en perfecta seguridad.

Su plan de acción estaba ya trazado hasta en sus mínimos detalles. El tren para París partía a las siete y veinte. La oficina postal de la estación se abría a las siete. Era necesario ir allí para despachar por correo las joyas a su dirección particular de París. Las había colocado en el interior de un libro, del que extrajo previamente las páginas. Era muy difícil que se sospechase de este envío.

Y así, viajaría sin las piedras comprometedoras. Tomaría el tren tranquilamente y sin ningún peligro.

Echó una ojeada al reloj: marcaba las tres. Caminó sin rumbo por las calles, con pasos lentos e iguales. Al rato, casi casi sin darse cuenta, se encontró en la estación. Un objeto tintineó en su bolsillo. Metió la mano en él con curiosidad: era la llave de la habitación de Cecil Light.

Sebastián palideció, luego volvió sobre sus pasos y se dirigió al río. Mientras tanto miró en torno suyo, para ver si era observado. Un agente policial efectuaba cándidamente su ronda. Sebastián continuó su camino y enfiló por una calleja oscura. Nadie... Entonces, como poseído de súbita inspiración, colocó la llave, con muchas precauciones, en el umbral de la puerta de una casa cualquiera. Luego se alejó sin apresuramiento, para no despertar sospechas. Entró en un café abierto y vacío. Un raro vaho de sueño flotaba en aquel ambiente. Prefirió quedarse: no quería caminar por las calles como si fuera un vagabundo, y además se sentía muy cansado.

Le fué servida una copa de coñac casi imbebible. Pero, en compensación, nadie podía sospechar de él; la calle, en cambio, era peligrosa. Alrededor de las cinco estuvo en su habitación, arregló la encomienda postal y escribió sobre ella, con pulso firme, su dirección. Todo estaba listo. Sólo dos largas horas de espera.

Una pregunta obsesionante danzaba ante él: ¿por qué motivo había llegado hasta el crimen? El no había tenido la intención de asesinar al comerciante. Conocía de vista a Cecil Light, por haberlo observado algunas veces en su negocio de Londres. Era un hombre pequeño, de rojos carrillos abultados que hablaban de la vida feliz y satisfecha de su dueño. Sebastián nunca le tuvo antipatía y ahora no se explicaba porqué lo había muerto.

Una duda atravesó en ese momento el pensamiento de Sebastián. Quizá él se había engañado y el comerciante no intentó alargar la mano hacia la campanilla. La oscuridad de la estancia y la ansiedad propia de la situación podían, perfectamente, haberle inspirado una falsa visión. ¡Ah, poder saber si el joyero había intentado realmente tocar el timbre! Y la verdad no podría decirla nadie más que el mismo joyero... y el joyero había muerto.

Abandonó el café y se dirigió hacia la estación; sacó su billete de primera clase para París y después se dirigió al Correo. Las siete menos cinco. Todo andaba bien. Sebastián estaba satisfecho. Desgraciadamente, el empleado trabajaba con mucha lentitud, haciendo y rehaciendo sus cuentas antes de empezar su trabajo. Faltaban ya sólo diez minutos para la partida del tren. El libro que contenía las joyas le quemaba las manos. Esbozó una protesta y tras ella el empleado recibió el libro. Al entregárselo se sintió como aliviado de un gran peso. Ya todo estaba listo: recogió el recibo y se dirigió corriendo al andén. Al llegar, la locomotora arrancaba. Sebastián saltó al último vagón del convoy, segundos después el tren desarrollaba toda su velocidad. La rapidez de la marcha embriagó de felicidad a Sebastián. Bruscamente todo se volvía claro y luminoso. El mundo se desperezaba ante él, bajo la caricia de los rayos solares. Una gran alegría llenó el corazón de Sebastián y, poseído de místico fervor, el asesino agradeció a Dios.

★

Se acomodó lentamente en su asiento y se puso a observar a sus compañeros de viaje. Antes que nada a esa señora elegante, de ojos alegres y sentada muy naturalmente en su lugar. Se apreciaba, a primera vista, que era mujer de mundo y acostumbrada a viajar. Después observó al señor... Sebastián abrió enormemente sus pupilas, cambió súbitamente de color y lanzó un grito, a medias sofocado.

El señor era Cecil Light.

★

Cuando recuperó los sentidos, el asesino sintió una presión húmeda sobre su frente. Abrió lentamente los párpados, sin todavía poder coordinar sus ideas, y vió a su víctima que le estaba aplicando una compresa. Volvió a cerrar los ojos.

Sus sentidos giraban alocadamente alrededor de los sucesos y se esforzaba en explicarse qué era lo que había sucedido la noche anterior. La escena del hotel no era fruto de su imaginación. La escena con el empleado postal tampoco era fruto de su imaginación. Sebastián hizo un gesto desesperado, como para ahuyentar a esos fantasmas perturbadores de su espíritu y, al hacerlo, sintió crujir dentro de su bolsillo un papel: el papel de despacho de la encomienda postal.

Luego, su aventura era real. Cecil Light había sido estrangulado, pero vivía todavía. Sebastián sintió un vivo deseo de hacerse explicar por Cecil Light esa situación inexplicable. Pero no, era necesario dominar sus nervios de cualquier manera. Voluntad. Voluntad. Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de Sebastián y luego, bruscamente, abrió los ojos, balbuceando algunas excusas. El camarero lo observaba atentamente junto con un médico que había acudido prontamente. Sebastián, no osaba mirar cara a cara a Cecil Light. Habló de un síncope pasajero, causado por el apuro en que había tenido que tomar el tren. Ahora se encontraba mejor. Agradecía y rogaba que lo excusaran por el pequeño disturbio que por su culpa se había ocasionado. Todos sonrieron amablemente y cada cual retornó a su respectivo lugar.

★

Sebastián se esforzaba en observar a la señora sentada en ángulo hacia él para no encontrarse con la mirada de Cecil Light. Por filantropía, la dama esbozó una sonrisa para el convaleciente: una sonrisa dulce que parecía salir de las páginas de la novela que la bella dama estaba leyendo.

En ese momento, la simpática voz del joyero le ofrecía una copita de coñac. Se armó de coraje, alzó su vista e intentó hablar. El asesinado tenía un rostro sano y rebosante de salud. Con muchas precauciones ofreció a Sebastián la copita de coñac, al propio tiempo que intentaba entrar en conversación. El imprevisto desmayo de éste sirvió de tema inicial. La expansividad del comerciante puso en fuga las últimas dudas de Sebastián Muller. Cecil Light no sospechaba nada, no sabía nada. No era, ciertamente, por Cecil Light que Sebastián podría lograr la solución de aquel enigma.

Los dos hombres hablaron de muchas cosas. Pero cuando Cecil Light encaminaba la conversación hacia el tema de las alhajas, Sebastián declaraba su ignorancia al respecto. En el coche restaurant los dos hombres se presentaron recíprocamente: Sebastián Muller dijo llamarse: Conde de Latour.

El conde, mientras continuaba hablando, sufría las angustias de la duda. Involuntariamente miró el cuello del joyero para ver si aún le quedaban rastros de violencia. Después recordó que a la salida del hotel, el inglés con quien había tropezado, lo miró atentamente. Sebastián pensó en mil detalles. Porque bien puede sobrevenir, al último momento, el mil y uno que lo echa todo a perder. ¡Si al menos pudiera procurarse un periódico para salir de esa horrible duda! Durante este martirio interior debía seguir conversando con el muerto-vivo que le estaba hablando.

Para colmo de desventuras, el comerciante lo invitó a jugar una partida de náipes. El asesino no podía rehusar. Debía a Cecil Light algunos millones, una copita de coñac y una compresa fría. Naturalmente, fué el joyero quien ganó. Sebastián no podía concentrarse y, además, debía perder en reconocimiento a todos los favores de su víctima. El tren entraba en una gran estación. Los "canillitas" voceaban los diarios. Ambos compraron el periódico. Sebastián para no demostrar su ansiedad, comenzó a hojear lentamente el periódico. Cecil Light, en cambio, se había enfrascado inmediatamente en la lectura. A los pocos segundos el joyero lanzó un grito, agitó las manos en el aire y cayó desvanecido.

Sebastián, no obstante sus vivos deseos de leer el diario, interrumpió la lectura. Era necesario aplicar una compresa fría sobre la frente del hombre desvanecido y ofrecerle luego una copita de coñac.

★

Cuando su víctima volvió en sí, señaló, con un dedo tembloroso y la voz triste y balbuciente, el periódico:

—¡Allí!...

Y no logró articular una sola palabra más.

Sebastián volvió a tomar el diario y supo entonces que había sido asesinado un viejo, de nombre Enrique Greimil, y que el asesino había sido ya arrestado. Era un camarero del hotel, llamado Franz Loncke. A pesar de sus negativas, Franz Loncke se veía abrumado por gran número de pruebas.

El conde no comprendía nada. Rogó, en consecuencia, a Cecil Light que le explicara lo sucedido. El joyero, no obstante su nerviosidad, habló. De su discurso, un tanto confuso, pudo comprender que la tarde anterior el joyero había consignado sus alhajas al viejo Greimil, empleado del joyero berlinés que se las compraba. Cecil Light debía entregarlas personalmente. Pero, a último momento, a causa de un encuentro imprevisto con una amiga y estando obligado a partir al día siguiente muy temprano para París, resolvió entregárselas a Greimil, junto con la llave de su habitación, donde éste pasaría la noche mucho más seguro que en la mísera casa que ocupaba en un suburbio de Berlín. Greimil, a la mañana siguiente se las entregaría a su patrón y todo quedaba satisfactoriamente solucionado.

Cecil Light no sabía nada más. Sebastián Muller — Conde de Latour — trató de consolar a su compañero de viaje.

—En el fondo — dijo Sebastián — usted ha tenido mucha suerte en su desventura. Se ha escapado usted, de una muerte segura...

Cecil Light, no obstante su desesperación, debió reconocer que la observación resultaba sensata y justa, al tiempo que intentaba esbozar una sonrisa. Empezó luego a hablar rápida y desordenadamente del asunto, lamentándose de su desgracia. Al rato Sebastián se sintió irritado contra ese hombre que no cesaba de lamentarse plañideramente. Gustoso habría matado por segunda vez a aquel hombre que lo fastidiaba, lo cansaba y le impedía reponerse de las emociones sufridas. Por último el comerciante exclamó:

—¡Habrá que ahorcarlo!

—¿A quién? — preguntó Sebastián.

—Al asesino.

Sebastián pensó entonces, por primera vez en aquel desconocido que se llamaba Franz Loncke.

★

París. Inmediatamente se hizo conducir a su casa, de la cual no pensaba moverse hasta la llegada del paquete postal. Pasó un día... pasaron dos, y el paquete no llegaba. Al tercer día se dirigió, nervioso, a reclamar al Correo. Se le prometió efectuar una investigación.

Esa noche no pudo conciliar el sueño, no por temor, sino por rabia, por ira, por desesperación. A la mañana siguiente un alegre campanilleo lo despertó. Lo inundó una compleja sensación de temor y de alegría. Al entregarle el paquete, el cartero se excusó alegando un olvido de un empleado.

Los dedos del conde acariciaban ahora las preciosas gemas. La tranquilidad de su corazón lo llenó de felicidad. Luego, lentamente, se abocó a la tarea larga y pesada de desfigurar las joyas. Limaba, pulía, daba a cada piedra una forma diferente. Las transformaba, las volvía irreconocibles. Cuando todo estuvo listo se vistió elegantemente, de acuerdo con la posición y fortuna del conde de Latour, y se dirigió a los principales joyeros de la ciudad. A la tarde depositaba a su nombre, en el Credit Lyonnais, la suma de seis millones setecientos cuarenta mil francos.

Al día siguiente alquiló un coqueto departamento y lo amuebló con elegancia. Cuando se instaló finalmente en su nuevo domicilio. Sebastián Muller se sintió, por primera vez el Conde de Latour.

Sin embargo, a pesar de su riqueza, le parecía que su existencia estaba vacía, que le faltaba algo. Sebastián se imaginaba a la felicidad de otra manera. Necesariamente tenía que acostumbrarse a todo, aun a sentirse ocioso. Encontraba un poco doloroso no tener que luchar por la vida, no encontrar obstáculos, muros que vencer, vallas que saltar limpiamente, sin dejar rastros. En su ociosidad leía atentamente los periódicos, especialmente los alemanes. Un día descubrió un artículo así titulado: "El asesinato de E. Greimil".

Tuvo un sobresalto. ¿No era ese el nombre del desconocido que él había matado? Inmediatamente, todo aquel pasado tan cercano y que se había alejado a mucha distancia del espíritu de Sebastián, volvió a él, se apoderó salvajemente de todos sus pensamientos. Se acordó del inocente que estaba acusado y de su promesa de salvarlo. Esa era la cosa que necesitaba hacer: salvar a ese inocente. Una noble tarea. Ahora su felicidad estaba completa. Había encontrado la tarea ideal y se lanzó a ella con toda la fuerza de su voluntad.

Según el diario, la situación del acusado era grave. Las pruebas, en verdad, no eran absolutas, pero más que suficientes para el fiscal acusador y para la opinión pública.

Franz Loncke estaba rodeado de indicios desfavorables. Dos días antes, en una conversación de amigos había declarado que no se podía llegar a nada en la vida si uno siempre se mantenía dentro de los límites de la honradez y que él era capaz de todo para vencer a la vida. Estos filosóficos argumentos fueron prontamente puestos en conocimiento de la policía. En la noche del crimen, Franz Loncke había salido del hotel, probablemente para no despertar sospechas. Había declarado a la policía que salió a visitar a su amante y que la había esperado en la puerta de su casa, pero en vano, puesto que ella no llegó. Sin embargo, nadie lo había visto y no le era posible encontrar ningún testigo.

Existía aún otra circunstancia que resultaba decisiva: delante de la puerta de la casa de su amante, delante de aquella puerta donde él declaraba haber aguardado, se encontró la llave de la habitación de Cecil Light.

El conde Latour recordó la circunstancia en la cual había abandonado la llave en el umbral de la puerta de una casa. El caso era verdaderamente curioso. No solamente un inocente era preso por su culpa, sino que uno de los principales motivos de la acusación se basaba en la extraña casualidad de una llave abandonada en la única puerta que podía comprometer al inocente Franz Loncke.

Sebastián, después de mucho reflexionar, decidió enviar una nota al juez instructor de la causa, para ver si de esa manera lograba salvar al inocente.

Al día siguiente, cómodamente arrellanado en un sillón de un gran hotel central, escribió la carta explicatoria a máquina. Carta breve y enérgica. Los hechos tal cual habían sucedido. Después partió para Londres para despacharla... De esa manera no dejaba ningún rastro. Luego, retornó a París y se puso a esperar, tranquilamente, la llegada de los diarios alemanes anunciando la libertad de Franz Loncke.

Sebastián se engañaba. Los diarios publicaron la extraña carta recibida en el despacho del juez instructor, pero, desgraciadamente, fué considerada como una nueva prueba de la culpabilidad de Franz Locke. Es evidente, decían los periódicos, el autor de la carta es el cómplice de Franz Loncke, quien se encuentra en Londres con el botín e intenta poner en libertad a su colega. Se explicaba ahora, por que motivo no se le encontraron a Loncke los objetos robados.

El conde Latour se sintió invadido, súbitamente, de una extraña cólera. Voluntariamente mandó los datos al estúpido del juez, más aún, se había tomado el trabajo de ir a Londres para despachar la carta. La cosa no hizo más que aumentar los deseos de Sebastián de demostrar la inocencia de Franz Loncke, deseaba ardientemente llegar a demostrarla. Insistir con cartas hubiera sido inútil. Era mejor dirigirse a la opinión pública. De cualquier manera Sebastián no podía llegar muy adelante. Por prudencia, durante toda su vida, había procurado mantenerse en la sombra.

Esa misma tarde Sebastián se hizo presentar a un club frecuentado por literatos y periodistas. Después de un rato de observación se puso a hablar en voz alta, de temas interesantes y procurando dar la impresión de ser un hombre de gran mundo. El conde logró encaminar la conversación al tema de los errores judiciales y contó algunos casos extraños y espantosos.

Después, con mucha habilidad, comenzó a hablar del reciente error de la policía alemana, contando el asunto Loncke, con todas las debilidades que encerraba la acusación.

Después de charlar se pusieron a jugar al baccarat y el conde de Latour perdió, con mucha elegancia por cierto, cincuenta mil francos.

A la mañana siguiente, Sebastián recibió la penosa sorpresa de ver mezclado su nombre en un artículo sobre el crimen que, en esos momentos, apasionaba a Berlín. El conde de Latour era presentado de una manera muy amable, pero que gustó poco a Sebastián. De cualquier manera, había logrado en parte lo que deseaba. Los periódicos alemanes discutían abiertamente y una polémica comenzó. Todos convenían en que Franz Loncke había actuado en el crimen sin cómplices. Pero no se podía negar un hecho: un individuo sospechoso, que hablaba inglés, había abandonado el hotel a las tres de la mañana.

El testigo que esta declaración había formulado era el mismo con quien Sebastián tropezó la noche del crimen. Por otra parte la carta recibida por el juez, que declaraba la inocencia de Loncke, fué despachada de Londres.

Mientras tanto Loncke se confesaba inocente y las joyas habían desaparecido completamente. La lucha entre ambos bandos se volvía más violenta a medida que se acercaba el día de la audiencia final.

Existe en París una organización de gran influencia mundial llamada "La liga de la Justicia", dirigida por destacados letrados y políticos. Logró una entrevista con uno de los directores, quien convocó luego a una reunión general en donde Sebastián habló de la "humanidad ultrajada". El movimiento que había iniciado era verdaderamente peligroso. Mas el peligro constituía, en el fondo, la única razón de su vida. Luego, como un general que prepara sus divisiones, empezó a organizar la gran batalla contra la Justicia.

El proceso comenzó. Franz Loncke se defendía muy mal. Se perdía en explicaciones pueriles para demostrar en dónde había pasado las horas del crimen y negaba rotundamente ser culpable de los hechos. El fiscal acusador después de acosarlo a preguntas lo había dejado incapaz de pensar y de coordinar una sola idea. Franz Loncke casi no hablaba: tartamudeaba.

El jurado, después de una breve reunión, declaró al reo culpable y lo condenó a muerte.

Cuando el conde Latour leyó la noticia, miró un instante tristemente a toda la riqueza que lo rodeaba y se despidió de ella. Luego partió para Berlín como impulsado por una voluntad superior. En Berlín, sus calles, cada uno de sus cafés, su mismo ambiente, lo acusaban, eran todas pruebas fieles y palpables de su crimen. Pero debía mantenerse en calma. Lo que en realidad debía hacer era dirigirse al abogado defensor de Loncke. Después de la entrevista Sebastián se percató de que nada podía conseguir junto con aquel estúpido. Empezó entonces a investigar por cuenta propia.

Ilustración de SORAZABAL

Sebastián interrogó a la ex amiga del condenado, visitó los sitios que Loncke frecuentaba ante de su arresto, pero no consiguió nada. La idea de un Franz Loncke culpable se había arraigado de tal manera en todos, que resultaba casi imposible admitir la inocencia de éste. Sebastián veía nítidamente todos aquellos errores, que constituían a pesar de todo, un muro imposible de franquear.

El único resultado de la visita de Sebastián a la ex amante de Franz Loncke fué el de que ella se enamorara de él.

Cuando la Corte Suprema confirmó el fallo del tribunal, Sebastián decidió dirigirse a la Cancillería del Reich. Le pareció que orientando la cuestión sobre el terreno político obtendría una conmutación de la pena, con eso se daba por satisfecho el conde Latour. El embajador le procuró una audiencia.

El Canciller se mostró muy amable, tanto más cuando estaba firmemente decidido a no hacer ninguna concesión a Loncke. Pero Sebastián era un adversario tenaz que poseía una respuesta para cada palabra y un gesto para cada insinuación cortés del político. El Canciller le habló largamente de la amistad con Francia y del genio de la raza francesa. Pero, al cabo, Sebastián lo interrumpió bruscamente:

—He venido desde París para evitar un error judicial que costaría la vida de un hombre. ¡Loncke es inocente!

El Canciller sonrió, un poco contrariado por haber sido interrumpido mientras hablaba y respondió que quizá el Conde se dejaba llevar muy rápidamente por su idealismo, por su excesivo afán de justicia y por muchas otras cosas más.

Comprendió en ese instante que ya no existía ningún medio de salvar a Loncke.

Uno de los dos debía morir: Sebastián o Loncke. Y mientras en el salón las parejas danzaban al son de melodiosa música, el corazón de Sebastián sufría. Lo incitaba a Sebastián a confesarlo todo. En conde de Latour sintió odio por su corazón y por aquel diplomático que le asesinaba al tiempo que le estrechaba cordialmente la mano.

★

Sebastián, después de pasar de un argumento a otro, terminó por encontrarse en plena noche, delante de una sombra gigantesca que aparentaba salir de la tierra: el cadalso donde debía ser ajusticiado Franz Loncke.

Ahora se encontraba en la prisión rodeado de periodistas y funcionarios. La ejecución tendría lugar dentro de media hora. Al encontrarse delante de su único y gran enemigo, un enorme terror se apoderó de él, Sebastián Muller era el único y gran enemigo del Conde de Latour. Durante los últimos días había preparado la valija, se había dirigido hacia la estación, decidido a retornar a París, buscando esa bella libertad sin preocupaciones, esa libertad por la cual había pagado tan alto precio. Pero en cambio en la estación todo su coraje se desvanecía y, tontamente, regresaba al hotel. De esta manera empezó a germinar en él un terrible odio hacia Loncke, por ese desconocido que se había mezclado de tal manera en su vida. ¿Por qué Loncke le había robado su crimen? ¿Por que ese desgraciado era tan desafortunado? ¿Por qué merecía la muerte? ¡Sí! Eran esas mismas razones las que hacían lógica la muerte del condenado.

Aquel cadalso impulsaba al conde de Latour a cometer un segundo crimen, un crimen inútil y estúpido. Cerca de Sebastián el abogado general, mirando su reloj, preguntó al conde la hora exacta. Luego, el abogado, moviendo nerviosamente la cabeza, murmuró, con voz irritada:

—Todavía diez minutos...

Sí, murmuró Sebastián, todavía diez minutos... Después todo estaría liquidado de manera definitiva. Se acerca el fin de Loncke y... de todo. Lo más íntimo de su ser se rebelaba contra la enormidad de ese error judicial, se rehusaba a aceptarlo. Interiormente sentía una especie de furia contra el desconocido que, por un favoritismo del destino, debía morir en su lugar. De pronto todos los razonamientos de Sebastián desaparecieron. El conde de Latour se imponía. Absurdos todos sus razonamientos, y absurdo ese deseo de sacrificarse inútilmente. Ahora, lo razonable era desaparecer para siempre en las luces de ese trágico día. ¿Por qué quedarse detenido al pie de ese cadalso? Allá, a lo lejos, la vida lo esperaba. Pero sus pies no recibían la orden de moverse. Parecía incrustado en el suelo, como paralizado. El destino lo tenía allí sujeto. La cólera que lo dominara había desaparecido. Humilde, inmóvil, indiferente, Sebastián se sentía dispuesto a que se cumpliera su destino. Ahora, una puerta se abría, un pequeño rayo de luz se filtró. Una forma humana, indistinta, rodeada por la neblina matutina. Luego se distinguieron los uniformes de los guardias que avanzaban lentamente. Sebastián sintió que una lágrima corría por sus mejillas.

Comenzó a pensar convulsa y vertiginosamente, procurando recobrar sus perdidos pensamientos. Tres minutos más y todo habría terminado. Tres minutos durante los cuales bastaba morderse el labio inferior, hasta sangrarse, para callar.

En aquel preciso momento, el hombre que se encontraba sobre la plataforma del cadalso comenzó a gritar desaforadamente. Sus gritos, raros gritos de hombre que se encuentra a los bordes de la muerte, eran alaridos de pavura y de terror. Se habría dicho que era un perro que estaba aullando. Era una especie de vociferación furibunda y desencadenada, un grito que parecía provenir desde los orígenes de la humanidad, así era de largo y sostenido. Los corazones se helaron. Sebastián sintió en el clamor de aquel último alarido toda la sonoridad de la vida. Los gritos de Loncke venían de ultratumba, estaban ya fuera de la humanidad.

De pronto, en medio del terror que lo petrificaba, la voz de Sebastián Muller aulló, al igual que el condenado, con toda su fuerza:

—¡Es inocente! ¡Yo soy el asesino!...

El grito de Sebastián fué como el canto de una golondrina en medio de una tempestad: nadie lo oyó. El grito de Sebastián se mezcló a los aullidos desesperados del infeliz que moría. Nadie creyó aquel grito. El danzar de un cuerpo en el espacio. Después silencio. Inmenso y terrible...

Sebastián sintió una enorme sensación de alivio y de reposo. Como si hubiera salido de los peligros de una terrible enfermedad. Se había sacrificado y el destino rechazó su sacrificio. Por segunda vez Loncke lo había salvado. Tal, era por fuerza, la misión humana de Loncke: salvar a Sebastián.

El fantasma se alejó definitivamente de Sebastián. El conde de Latour volvió a convertirse en aquel ser lleno de majestuosa calma y de nervios seguros e invencibles. El pasado estaba sepultado para siempre, allí, en el mismo sitio en donde reposaría el cadáver de Loncke.

★

... Un décimo de segundo. Un automóvil atropellaba mortalmente a Sebastián. Parecía que el cielo lo enviase, y no había salido más que de una bocacalle. Sin embargo, era como un signo de la justicia divina.

La Verdad Sobre la Muerte de Juan Moreira

POR

PASTOR CAINZO

ILUSTRACION DE SORAZABAL



HACE poco, el primero de septiembre del año pasado, acaeció la muerte del sargento Chirino, a quien se consideró siempre como el matador del famoso gaucho alzado Juan Moreira. Pero hete aquí que en lo mejor de los homenajes a la memoria del sargento, nos llega desde Saladillo una especie de volante firmado por el señor Orlando Sanguinetti, en que nos demuestra todo lo contrario. Y por el interés histórico que pueda tener este hecho policial, glosaremos a continuación los párrafos más importantes de esa declaración. Pero antes daremos algunos antecedentes de no escaso valor.

★

En un reportaje aparecido hace mucho tiempo en una revista semanal y firmado por el señor Rodolfo Barrios, el articulista pregunta al sargento cómo era Juan Moreira. Pregunta a lo cual el interrogado contestó de la siguiente manera: "Era un hombre fornido, ancho de pecho, colorado de cara y con una pera larga". Y agregó Chirino que el gaucho Moreira se parecía mucho al general Lavalle. "Ya tenía el pelo medio canoso", advertía, para terminar el debate concerniente a este punto. Los Podestá lo han caracterizado caprichosamente, haciéndolo un gaucho trigueño, casi español, en discordancia con la versión de Chirino.

★

Al preguntársele cierta vez a Chirino cómo había procedido en el momento de la lucha del gaucho Juan Moreira, aquél dijo más o menos lo siguiente: "Se ha hablado con frecuencia de que en esa circunstancia yo procedí con miedo; que me escondía tras del pozo; que le salí por detrás y lo maté a traición". Ante esta versión, Chirino se siente tocado; expresa su indignación por la falsedad que ella significa. "Si le hubiera tenido miedo, hubiera corrido como los demás". Según Chirino, Moreira apareció en la puerta del rancho; traía el sombrero lleno de las armas. Moreira lanzó un trabucazo. Chirino había hecho un disparo. Un balín del trabucazo dió en el pómulo a Chirino, produciéndole a éste una herida cuya cicatriz perduró toda su vida. El sargento, airado con este contratiempo, fué hacia el gaucho con la bayoneta calada y lo ensartó. Así, traspasado de un bayonetazo, el gaucho le largó un hachazo con la daga seccionándole cuatro dedos. Chirino mostró toda su vida esta mutilación con honor. El gaucho le largó otro golpe en la cabeza que le produjo una profunda herida. Pero Chirino, bañado en sangre, no largó la presa y la retuvo así.

★

Contaba asimismo Chirino que al ir a allanar la casa donde estaban Moreira y los suyos, se encontraron con éstos dormidos, y fueron tomándolos presos pacíficamente uno por uno. Pero, parece ser que al llegar junto al catre en que dormía Moreira, el entonces comandante Don Francisco Bosch pegó un grito exclamando: "Aquí está el que buscamos". Esta exclamación intempestiva despertó sobresaltado al gaucho y lo obligó a salir al patio de la casa a pelear. Chirino pensaba proceder tranquilamente y llevar a todos maniatados a la policía de Lobos, mostrando cómo se procede cuando se tiene habilidad. Pero no le fué posible llevar a cabo sus procedimientos. "Dígame: alarmar así cuando íbamos agarrándolos dormidos y sin derramar una sola gota de sangre".

Hasta aquí más o menos la versión del sargento Chirino en la entrevista a que hacemos mención más arriba. No se advierte que en realidad sea Chirino quien haya dado el golpe de gracia al gaucho. Podría admitirse que no lo hiciese tal vez por escrúpulos de conciencia, por no aparecer como quitando la vida a un hombre. Pero un soldado de la policía que estaba en cumplimiento de su deber y que estaba frente a un hombre que debía varias muertes, no puede tener, como se comprende, esta clase de escrúpulos. Pero sin entrar a mayores consideraciones, es interesante ver lo que sobre el particular nos dice el documento publicado con fecha septiembre de 1933 por Don Orlando Sanguinetti, en el propio Saladillo.

Comienza la narración diciendo que estas versiones se basan en un documento encontrado en un expediente de 1875 en el Archivo Nacional y publicado por Don Juan Alvarez en 1927.

★

Es necesario recordar de antemano que en el año 1874 hubo tres elecciones importantes en la provincia de Buenos Aires. La primera de éstas se efectuó el 1o. de febrero y se trataba de elegir trece diputados nacionales, entre los cuales se hallaban como candidatos alsinistas Alem, Pellegrini y Bernardo de Irigoyen. El día de esta elección, en la plaza de Saladillo se produjo un formidable tiroteo entre mitristas y alsinistas. Este choque violento produjo numerosos muertos y heridos.

Refiere la versión del señor Sanguinetti antes citada que el gobernador de la provincia, Don Mariano Acosta, designó un comisionado para que fuera a Saladillo y guardara el orden durante las elecciones, que deberían realizarse los días 12 y 26 de abril para elegir 54 electores de presidente y vice y 5 diputados y 2 senadores provinciales, respectivamente. El comisionado nombrado fué el teniente coronel Carlos Forrest, quien vino con 14 guardias provinciales al mando del capitán Berton y entre los cuales estaba el sargento Andrés Chirino.

Este destacamento viajó hasta Lobos, que era el punto terminal de la línea del ferrocarril y allí le suministraron caballos en la estancia "Las Polvaredas grandes", propiedad de Don Víctor del Carril, juez de paz de Saladillo.

Terminó en la última población nombrada, satisfactoriamente, el acto eleccionario y el destacamento volvió a la población de Lobos por el 26 de abril, para tomar el tren que los condujera a Buenos Aires. Fueron agasajados los jefes y soldados con fiestas y asados hasta que llegara la época de partir. Andaba por allí, en ese entonces, Juan Moreira, convertido en matón de los opositores y habiendo actuado como tal en Navarro. Acompañado de su compañero Julián Andrada provocaba a los dirigentes alsinistas de ese partido, señores Francisco Bosch (comandante), Manuel Caminos, Félix Aráuz, Conrado Martínez y Casimiro Villamayor.

★

Los alsinistas se reunían todas las noches —según datos recogidos por el propio señor Sanguinetti— en el hotel de propiedad del vasco Ugartemendía. Moreira apareció en el hotel la noche del 29 de abril con el objeto de provocar a los alsinistas. Y al no encontrar más que dos de ellos se retiró para volver en mejor oportunidad. Los amenazados, al ver regresar la fuerza que había ido a Saladillo, comprendieron que podían utilizarla para perseguir y, si fuera posible, aprisionar al temible gaucho. A este efecto entrevistaron, al parecer, al comandante Berton y le explicaron la situación de peligro en que se encontraban. Le hicieron comprender que era de bien público terminar con el matón. Aceptó el comandante el intervenir y separó al sargento Chirino y tres guardias más. De la policía de Lobos iban también el oficial Eulogio Varela, el sargento Domínguez y tres policianos. Con el oficial Berton iban el comandante de la Nación, Don Francisco Bosch, Don Francisco Villamayor y otros dirigentes.

En cuanto llegaron al hotel la Estrella, en que dormían Moreira, Andrada y los suyos, la policía local se distribuyó en los alrededores y los otros se introdujeron en las habitaciones. Entraron al cuarto en que se encontraba el compañero del buscado y lo maniataron.

Que conste que seguimos la versión exacta de la transcripción del documento hecha por el aludido señor Sanguinetti. Reiteramos esa advertencia por cuanto se puede advertir que las dos versiones coinciden, por ejemplo, en la actitud del comandante Bosch, que fué el primero que sorprendió a Moreira dormido. Como puede observarse más arriba, este hecho causó incomodidad en Chirino, quien pensaba atrapar a Moreira sin derramar una sola gota de sangre.

★

Mientras los demás eran maniatados, el comandante Bosch entreabrió una puerta y vió a Juan Moreira. Entonces gritó: "Aquí está el que buscamos".

Moreira tuvo tiempo de levantarse y trancar la puerta, vestirse y preparar el trabuco. Entonces fué que Chirino dijo: "Mire que alarmar así cuando íbamos tomándolos a todos dormidos y sin derramar una sola gota de sangre". Asegurado Andrada, Chirino fué a golpear la puerta del cuarto de Moreira mientras gritaba: "Ríndase a la policía". Cuando Moreira creyó oportuno abrió la puerta y gritando "la policía soy yo" disparó un trabucazo que hirió al capitán o comandante Berton en un brazo, al oficial Varela en la rodilla, al paraguayo Zamudio, produciéndose entonces el desparramo. Chirino cuenta que entonces todo el mundo se fué para no ver matar a un valiente. Quedó, pues, como jefe de la partida Chirino, habiéndose retirado los otros.

★

Fué entonces que Moreira, según se cuenta, quedó dueño de la situación; cargó el trabuco y avanzó hacia la pared con el objeto de dar el salto que le permitiera evadirse. Llevaba el puñal en los dientes y el trabuco en la mano. Entonces fué cuando avanzó Chirino y le clavó al gaucho un bayonetazo por el costado. Al tiempo que clavaba su bayoneta en el gaucho, el sargento recibió una trabucada hiriéndolo en la cara. Moreira, entonces, dejando caer el trabuco tomó la daga y seccionó tres dedos de la mano derecha a Chirino, obligándolo así a retirar su fusil y "caer desmayado de dolor". Esta última circunstancia no aparece en la versión personal de Chirino.

★

Moreira se dió cuenta en seguida que estaba cercado y no insistió en saltar el tapial. Fuera advirtió la presencia de varios milicianos que le apuntaban con sus fusiles. Entonces, desesperado, se preparó para la lucha a arma blanca y quiso dirigirse hacia la pieza de donde había salido. Fué entonces cuando el guardia provincial Luis Lima, utilizando su fusil como una lanza, lo volteó de un bayonetazo en el pecho, permitiendo que los demás avanzaran. Es así cómo murió Moreira. Quien lo ultimó fué, pues, Luis Lima, según la versión utilizada y publicada en septiembre en Saladillo por Sanguinetti. No tiene ninguna importancia esta circunstancia, pero si bien Chirino hirió de un bayonetazo a Moreira, el policiano Lima le dió el golpe de gracia.

★

En un carrito de dos ruedas, el cadáver de Moreira fué paseado por las calles del pueblo. Los pobladores estaban sorprendidos y no creían que se hubiera podido llevar a cabo semejante proeza, pues todo el mundo creía que el gaucho era invencible.

El cadáver fué llevado a la comisaría, en donde el doctor Del Mármol produjo el examen médico, siendo conducido de inmediato al cementerio. Este es el testimonio de don Eduardo Forges, mayoral de la galera entre Lobos y Saladillo.

Esta fué, a grandes rasgos, la versión últimamente aparecida respecto de la verdadera forma en que transcurrieron los acontecimientos que produjeron la muerte de Juan Moreira. Se concluye de todo esto que la partida que dió con el gaucho no tenía por misión perseguirlo sino que ésta fué una función que se adjudicó accidentalmente. Los milicianos, con Chirino por sargento, volvían del Saladillo después de las elecciones y regresaban a Buenos Aires, debiendo tomar el tren en Lobos. Chirino no hirió de muerte a Moreira; recibió de éste varias heridas, una en la cara y otra en la cabeza y la sección de los dedos de la mano derecha. Quien mató realmente a Moreira fué el soldado Lima, que atravesó de un bayonetazo en cuanto Moreira quiso regresar de nuevo a la pieza para pelear con arma a toda la partida, como solía hacerlo siempre.

La primera vez que cambió de táctica fracasó para siempre. El gaucho alzado jamás había pretendido huir a la policía. No la peleó nunca huyendo y por eso siempre vencía. La primera vez que peleó de este modo encontró la muerte.

Se quiere dar a entender que todo el mundo no se mostró muy valiente que digamos en cuanto estuvieron en presencia de Moreira; muchos se retiraron del campo de la lucha, dejando a Chirino y sus soldados la misión de pelearlo. Pero esto no viene al caso. El caso Moreira es un hecho esencialmente policial, que ha adquirido prestigio a través de la tradición y, sobre todo, por la obra del poeta narrador, que supo darle contornos legendarios. Moreira era un peleador sin igual. Las poblaciones le temían y era un bandido capaz de cualquier cosa. La policía lo buscaba por todas partes; cuando dió con él, el gaucho estaba encargado de varios trabajos de carácter político que la intervención de Chirino le impidió cumplir debidamente.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









EL HOMBRE DE LA GALERA NEGRA









MONICÁQUICA









HISTORIETA PIRANDELIANA









EL SUICIDIO



ÉL Hotel Central tenía un amplio salón para los que se aburrían en sus habitaciones.

En un rincón, aislada por columnas, se encontraba la sala de lectura.

Allí estaba Roberto Tirso, hombre de unos veintiocho años, leyendo los títulos de diversos diarios.

Se había sentado frente a una mesa del centro. Recorría las crónicas policiales sin interesarse por ellas.

Fumaba de tal manera, que una persona inteligente podía deducir, observándolo, que no fumaba por aspirar humo, sino por adoptar los ademanes elegantes que permite el cigarrillo.

Encontrándose en esa situación apareció un hombre por entre las columnas. Se acercó, observando a Roberto Tirso. Caminaba produciendo la impresión de que sus músculos colgaban hacia el suelo.

Llevaba buena ropa, pero mal vestida.

Con desgano se dejó caer en un sofá, al lado de Roberto Tirso.

Lo miró un tiempo. Tirso, por su parte, sin levantar los ojos, calculó las actitudes de su vecino.

El recién llegado, demostrando cierta intención de reírse a costa del prójimo, inició conversación.

—¿No desearía usted que sufriéramos cuarenta y cuatro grados de calor o unos diez grados bajo cero de frío? — le preguntó.

—No — contestó Roberto Tirso sin extrañeza.

—Pues a mí me gustaría — agregó simpáticamente.

—Admito toda clase de gustos — replicó Tirso.

—Es raro que no se moleste por mis deseos.

—Soy una persona tolerante. Seguramente usted se aburre.

—Sí. Soy excesivamente aburrido. Sinceramente, me gustaría que hiciera calor o mucho frío.

—No me sorprende.

—Usted a mí no me conoce, ni yo lo conozco — dijo el hombre.

—Algo lo conozco a usted — respondió Tirso.—Bien sabe que ocupo la habitación que está frente a la suya.

—Lo sé. Pero eso no ha de bastar para que me conozca. Usted no puede espiarme por ninguna cerradura.

—Mi caso no es el suyo. A usted el tiempo le sirve para aburrirse y a mí para observar. Yo soy observador e inteligente. Algo lo conozco a usted, sólo por nuestra vecindad. Lo sabía un aburrido.

—¿Lo denuncia mi aspecto?

—No a todas las personas. Pero yo soy inteligente. Los poetas dicen que al aburrimiento alarga la cara. Los hombres sensatos también lo decimos. Le había observado la cara alargada, las comisuras de los labios caídas, y por no sufrir del estómago, puesto que lo he visto comer cualquier cosa.

Las trayectorias de sus manos me hicieron comprender que era usted un aficionado a las drogas, con mucha práctica. Noté que los músculos de su cuerpo se movían como colgando hacia el suelo. Noté sus ojos parecidos a los de esas vacas de tambo, cansadas de dar veinte litros diarios de leche. Y tanto más. Deduje que era usted un aburrido.

La vida no le gustaba

—Dice bastante verdad — dijo el cansado—. Pero no me explico por qué se interesó por mi figura.

—En general me interesa todo, aunque yo mismo no lo quiera. Es mi manera de ser. Además, lo que contrasta conmigo hiere más profundamente mi atención. Usted es un caso completamente distinto al de Roberto Tirso... así me llamo yo..

—Usted será lo contrario de un aburrido.

—Exactamente. La vida me seduce. Uso la vida triunfal.

—A mí no me gusta vivir.

—¿Por qué no se mata, entonces? — dijo en tono de consejo Roberto Tirso.

—Piens matarme mañana.

—¿Lo dice seriamente?

—Sí. No me gusta la vida.

—Le prevengo, por si trata de asustarme, que yo no me preocupo por culpas ajenas.

—Me alegro de que sea razonable. Mi caso es sencillo: no quiero vivir porque no me gusta. Y como soy demasiado orgulloso para lamentar mi desgracia, encuentro que lo procedente es que me mate.

—Vaya... Su tono sincero me hace cambiar de posición... No tiene motivos serios para matarse.

—El motivo que tengo es fundamental. Yo pensaba burlarme de usted hablándole de mí, descontando que mis palabras lo escandalizarían.

Comprendo, sin embargo, que usted juzga muy numéricamente. Noto que admite, más o menos, convicciones distintas a las suyas. Puedo ser sincero, en consecuencia, sin burlarme de usted.

—Me inclino a aconsejarle bondadosamente...

—Yo, viviendo, nunca he tenido motivo. Me he pinchado con un alfiler para lograr siquiera un axioma: "Yo sufro, luego soy". Pero ni con ese sufrimiento logré justificar mi vida.

—Es una lástima que no le dé importancia a la vida.

—No le doy ninguna. Si le hablo de mi próxima muerte, es porque es más difícil darse muerte sin hablar algo, que el caso mismo de matarse.

Pero puede observar usted que no soy tan estúpido, hablando, como los miles de poetas que emplean la vida para escribir versos contra la vida.

—No por ser sencillo deja de ser extraordinario lo que usted me dice.

—Sin duda, debe ser un poquito cómico. Soy excesivamente exacto en mis juicios.

—Digo yo... ¿nunca trató de buscar preocupaciones en el amor? ¿No cree que las mujeres pueden servir para molestar más que cuarenta y cuatro grados de calor?

—Desgraciadamente, no me interesan. He tenido amores, digo, si así se los puede llamar. Pero lo mismo me ha importado que una novia me fuera fiel como lo contrario.

—Novias aparte, ¿nunca creyó que con un poquito de esfuerzo la vida puede tornársele agradable? Creo que usted debe agotar las posibilidades de adquirir alguna preocupación que lo ayude.

—No tengo remedio — respondió bostezando.

—¿Nunca intentó hacerse ladrón de alta escuela, por ejemplo?

—Nunca pensé. Pero ha de ser lo mismo.

—De mí puedo decirle que ser ladrón me agrada sobremanera. Pocos estarán tan contentos como yo de sus propias actividades. Amo mi profesión.

—¿Qué interés puede despertarle? — preguntó el burrido, bostezando.

—Aparte de que me permite vivir lujosamente, me proporciona el placer de que mi inteligencia triunfe.

Mis robos no se descubren. Sólo una vez caí preso por un detalle imprevisto, pero logré que no me condenaran. Es una gran cosa ser ladrón inteligente. Es maravilloso.

—Pues si fuera por la inteligencia ,creo que no me faltaría para serlo; pero ¿y el temperamento?

El temperamento para robar

—Si yo tuviera temperamento para robar, como usted dice tenerlo... Pero no es fácil esto último.

—Es fácil. Todos los hombres por temperamento son ladrones. Lo que les falta es capacidad. Pocos saben serlo, y ésta es la razón por la que usan la honradez muchas personas.

Sé que no podría costarle a usted descubrirse condiciones temperamentales para los robos. Piense usted. Considere sus cualidades un momento con un poco de buena voluntad y podrá comprenderlo.

—Es que yo soy una desgraciada excepción entre todos. No me inclino a robar.

—Lástima grande que carezca de toda clase de entusiasmos. Verdaderamente mi egoísmo hace que yo sufra por el caso suyo.

Un enamorado en el ocaso

—Si no lo seducen ni el amor ni el robo, su caso es desesperante. ¿Carece en absoluto de ilusiones amorosas?

—Las mujeres que tuvieron relaciones conmigo se cansaron pronto. Yo nunca las contradecía. Nunca mostraba deseos de pelear. A ninguna le di motivos para que pensara en matarse o matarme. Con tan poco salvajismo debía resultar yo un mal amante. No conservo ninguna ilusión amorosa. Usted, en cambio, conservará el sabor de algún idilio?

—Yo sí. A los veinte años amé perdidamente. Es casi lo mismo que decirle que ella no me correspondió. Seguí amándola respetuosamente hasta los veintidós años. Ya a esa edad empecé a tratarla con inteligencia. Esta transformación se produjo una tarde, cuando meditaba en un espléndido ocaso. Era una fiesta de color. Yo me sentía como si fuera un litro de miel. De improviso, dedicándolo a su recuerdo, me animé a hacer este ruido con la boca: Ttrrpp. Desde entonces la traté más cordialmente. Los otros amores no me han inquietado mucho.

La fama de mentiroso

—Permítame usted que hable sobre mí, un poco — dijo el hombre aburrido.

—Con mucho gusto—respondió Tirso, no sin sorprender un tanto a su vecino.

—No crea que yo soy un hombre sin voluntad. Puedo afirmarle que tengo una extraordinaria voluntad. Pero se trata de la voluntad de no vivir. Voy a suicidarme de una manera sensacional y extremadamente voluntariosa.

—No me sorprendería que se tratase de algo sensacional.

—Si a mí se me ocurriera dar a conocer mi método de suicidio, apasionaría. Pero no voy a concederle mucho a mi necesidad de hablar. Se lo contaré a usted, si me promete no turbar con comentarios el silencio de mi muerte. Mi sencillez tiene sus pudores.

—Yo no puedo comprometerme a guardar silencio. Soy excesivamente charlatán.

—Entonces tendré que morir sin hablar.

—La única posibilidad con que usted puede contar, es con la de que nadie me crea, si su suicidio llega a ser realmente extraordinario.

—¡Es verdad! Si usted relata mi suicidio sin falsear los hechos, nadie le creerá. Cobrará fama de mentiroso.

—Ya la tengo.

—Mejor todavía. Estarán menos dispuestos a creerle.

—Nuestra vida—comenzó explicando el hombre aburrido — se manifiesta por dos clases de movimientos, entre otras cosas. Por los de la vida vegetativa y los de la vida de relación.

Los primeros no dependen de la voluntad y en cambio los segundos son voluntarios.

Por ejemplo, yo muevo una mano a voluntad, camino cuando quiero, muevo los maxhares cuando se me ocurre, etc.

Pero los pulmones, el estómago, el corazón y una serie de órganos se mueven sin que intervenga para nada la voluntad.

Yo renuncié a mis estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, porque me probaron estas cosas en una forma poco inteligente, salvaje.

Le extrajeron los sesos a una pobre palomita, sin que ella muriera. En el cerebro se encontraban los centros de la vida de relación. Quedó parada, sin efectuar ningún movimiento.

Conservaba en el cerebelo el centro del equilibrio. No obstante, si se le presentaba alpiste no lo comía.

Yo, que siempre he sido un hombre bueno, renuncié a mis estudios por tal comprobación, pues ese experimento, a costa de la vida de una paloma, sin su autorización para dejarse matar, tenía que indignarme.

Bien: vamos a mi caso.

A pesar del experimento de la Facultad de Filosofía y Letras, yo comprobé más tarde que el corazón no es un autómata. Sus movimientos dependen también de la voluntad.

Usted y cualquiera puede comprobarlo. Colóquese una mano sobre el corazón, concentra su voluntad tratando de parar sus movimientos y verá cómo lo consigue en parte.

Eso puede hacerlo usted. Ahora, yo, que soy un extraordinario caso de voluntad negativa, como le he dicho, puedo llegar a parar los latidos por completo. Me voy a suicidar de esa manera.

Optimismo

—¡Extraordinario, infernal!— exclamó Tirso.—¿Será posible?

—Puedo asegurarlo de antemano. He efectuado pacientes experimentos. Siempre estuve tan disconforme con esta vida, que me dieron sin brindarme la absurda oportunidad de que yo la consintiera, que mi gran preocupación de un tiempo a esta parte ha sido la de eliminarme, venciendo por completo la voluntad de vivir ,para estar perfectamente de acuerdo con mis principios.

La mejor manera que he encontrado ha sido ésta. Vencer la arbitrariedad de la vida, que ordenaba a mi corazón que marchara sin mi consentimiento, apagando voluntariamente los latidos de mi corazón.

En numerosas experiencias he llegado hasta los límites de la muerte. Casi he llegado a eliminar los ritmos. Estoy preparado para mi muerte total.

Todo lo que le ruego ahora que he hablado, es que no me tome por un pesimista.

Por el contrario, sé que voy a triunfar sobre la vida, lo que constituía mi mayor aspiración. Muriendo, habré vencido.

Dicho esto, el hombre aburrido se despidió, dejando a Tirso sin palabras en la boca.

Lentamente él también dejó la salita de lectura, dándose a vagar, no sin detenerse ante alguna vidriera de joyería, de vez en cuando haciendo cálculos sobre un posible "golpe" para el futuro.

Fué muy tarde a su habitación en el hotel.

Y cuando salió de ella, a las diez de la mañana del día siguiente, le llamó la atención un grupo de personas que se encontraban frente a la puerta de su vecino.

El gerente del hotel trataba de mirar por el ojo de la cerradura.

En esa posición, el voluminoso abdomen le chorreaba hasta el suelo.

Las personas estaban alarmadas.

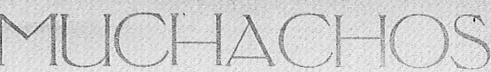
Tirso ,especialista en cerraduras, ahorró trabajo, sin comentarios, violando la puerta.

Se introdujeron en la habitación y observaron en silencio.

El hombre aburrido estaba correctamente sentado en una silla, sin vida.

Sonreía, irónico.

por
GABRIEL MOREY OTAMENDI
ILUSTRACION DE ROJAS



MUCHACHOS

—BUENO: entonce tráite la escarbadera...

—¿Vos alzaste la bolsa?

Ramón alzó la escarbadera: un varejón con una especie de espátula en la punta, y Roja la bolsa con jareta para juntar yuyos de botica. Después "tocaron".

Solían sacar permiso para juntar "leña de vaca" en el campo de los Esnales — unos gallegos podridos en plata que "seguro la irán a llevar en el cajón" — a dos leguas del pueblo. Un campo donde van los milicos a tirar tiros a unos muñecos, para ensayarse. Campo especial, sin una piedra para tirarle a un perro, aliviado como estaba, pues no tenía casi capital, era de gramilla viciosa y trébol en los bajones.

★

Roja — Rogelia — lleva alpargatas sin medias. Antes de voliar la pata para salvar el alambre, se las quita. ¡En el campo no va a tener respeto al pueblo!...

Ella va juntando yuyos, mientras él, de pata en el suelo, va dando vuelta con la escarbadera — un golpe seco pone lo de abajo, arriba — la leña, que después deja al abrigo del cerco pedrero, pues lidiarla en verde es quitarle el mérito: se quiebra y pierde vista.

★

Ramón en el pueblo es un cristiano inútil. No hace plata ni con oro. Pueblo afuera es capaz de hacer plata con chiflidos. Desde Cañada de Coto a Aguas Blancas, conoce hasta las piedras. Tiene más horas de vagacampos que de pueblero.

Cuando verdea la mancha, seca la leña. Así es. Cuando el campo está uniforme y el pastito amarillo se hizo verde, comienza la zafra. Llevan al pueblo. Para el gasto de la casa y para la venta. Los herreros la aprecian para hacer el aro de llamas con que calientan las llantas, antes de calzarlas en la araña de lapacho del rodado.

Al abrigo del cerco, ellos han dejado las pilas. No hay peligro que las otras Hormigas — los que "juntan" se llaman así entre ellos — se las lleven. El noque es sagrado y no hay miedo que nadie lo toque.

Arias, el padre de Roja, es un cristiano de esos que en vez de gente son un "pedazo de carne bautizada". Saca en una pipa el "agua servida" de los hoteles y casas ricas, agua que cambia luego a "Poco Bigote", un gringo quintero, por verduritas y cosas para agringar el puchero. Los pocos pesos que logra en el oficio, los "toma" en el boliche, donde ve morir las horas mirando jugar a los otros.

Los muchachos eran hermanos de crianza. Cuando Arias trabajaba de picapedrero — hace tantos años que el pobre no puede atestiguar con ningún vivo — Lucio Vidarte, el padre de Ramón, era compañero de él. Un hombre especial el finado. El único vicio que tenía era el aceite de comer, que tomaba a toda hora como si fuera caña, para no enfermarse del hígado. Había sido domador cuando joven.

Fué en una mesa de billar por un cordero ensillado, que jugaron los de la carpa 5 con los de la 6. Vidarte tuvo unas palabras con otro. Resulta que el otro lo abrió de una puñalada. Arias alzó a Ramón y lo llevó a las casas.

Como el hombre era tan poco de la casa y Roja tenía pocos años y se pasaba solita y su alma en el rancho, se hicieron compañeros los muchachos.

Roja tenía doce años valientes de hacer los lavados, sin compañía en el arroyo, y de la soledad nocturna del medio rancho, pues no iban a dormir en la misma pieza los gurises. Un día le pasó un caso a Roja que la hizo pensar. Cerca del cerro Cortado, a donde había ido por remedios, un tal Pereira, jugador y malavida que pasaba "comiendo basura por la orilla del pueblo como chancho de pobre", le empezó a dar conversación.

Roja adivinó, desde su mocedad apurada, la intención del hombre.

—Conmigo no tiene nada que hablar, le dijo. Y como el pocacosa intentara acercarse, Roja cazó una piedra y le rajó la cabeza.

—¡Andá a quejarte! — le dijo, y disparó.

Aquella pedrada le alargó el vestido y "le abrió los ojos", haciéndola más compañera de Ramón.

★

Llena él las bolsas. Roja, que había estado largo rato tendida, haciendo albohada con una bolsa olorosa de marcela y menta doble, trepó al cerco.

Bordeando la cañada, unos banderines colorados trapean el cielo limpio de la media mañana, aún mojada en los bajos.

—¡Ramón, mirá!...

Ramón domina el otro costado, también lleno de pilas.

—¿Y eso? ¿Le oíste algo al viejo?...

—Yo, nada...

Arias viejo, de noche, explicó:



—Parece que son sobrinos de los Esnales... Van a sacar chácharas...

Ramón terminó:

—¡Se vinieron los canarios!...

El hombre de los banderines venía con una mujer. Era un hombre con un ojo medio desacomodao, que tenía un relampagueo en un costado de la cara. "Como nervioso de un lao, el hombre"...

Ella era un aidemí con olor a todo menos a gentes. Ellos, los muchachos, los acompañaban, bien pagados. Los patrones preguntaban cada bobada que daba rabia.

—Y este yuyito, ¿es remedio?

—¿Ese? No, señor. ¡Qué v'hacer!...

—Entonces, ¿no es remedio?

Ramón, medio horneado por tanta falta de sal, contestaba:

—Pero usté cré que todos los yuyos son remedio?

★

La señora le encargó a Roja una planchadora y a Ramón un poco de menta para entreponer en la ropa de adentro. Se la mostró a él en la fonda y era una ropa que se enredaba en los dedos.

—¡Gente rica que de ociosa no sabe lo que v'hacer!...

★

Un día Roja fué a la cañada a lavar su ropa. Ramón quedó con la señora, haciendo fuego en la laderita del campo. El hombre andaba tierra adentro, "sacando retratos con una máquina".

Era una mañana de sol calentito. El viento a remezones, andaba parando y comenzando. Bandadas de mistos hervían en el romerillo y los cabecitas negras aturdían con el redoblar espeso de la bandada.

El mes de setiembre llamaba los árboles, que reventaban yemas de lanita, y a los animales, que asentaban el pelo y se lustraban en las paletas.

La mujer sacaba conversación. Ramón la dejaba morir.

—¿Es hermano de la chica?

—No. De crianza, nada más...

—Entonces, serán novios...

Ramón vió para donde iba la mujer y agarró para otro lado.

—Tenemo que pensar otras cosas, dijo, y se fué.

—Tomá...

★

Roja sintió atrás de ella los pasos muertos. Era "Medio lao". Se acordó del dicho de Ramón:

—Va llover. Relampaguea de medio lao...

Pero el hombre venía como un perro a lo oscuro. Ella, con la cañada a la espalda, no tenía miedo.

Agacharse él y ella samparle un hilachal de berros chorreando barro, fué todo uno.

Después saltó de costado y largó la risa.

Pero a Ramón no le dijo nada.

Al otro día el hombre les ofreció unas latas con conservas, abiertas. Al entrar, nomás.

—No, gracias. Vengo a que me arregle la cuenta.

Después, Roja:

—Mire, no viá venir más... Tengo un lavao.

La mujer le regaló unas ropas.

—¿Por qué no juiste más?

—Me aburrí de las bobadas. ¿Y vos?

—Porque no ibas vos.

Nada más. "Lo pasado, pisado".

El campo estaba ya amojonado y abierto. Por última vez Ramón y Roja iban a levantar leña.

Haciendo espalda con el cerco, estaban lerdos. La mañana estaba pesada. El sol en el medio del cielo y el campo inmenso de soledad en la luz. Venían desde muy lejos unos cantos de gallo.

Roja como enferma. Pálida y sin fuerzas. Su robustez se le azulaba en los ojos que se iban como vaciados por la luz. Perdía la conversación a cada rato.

—Nunca te conté que el hombre, un día...

Ramón se paró.

—No. No jué nada. Le pegué un susto...

Se callaron. Y ella, después:

—Creo que ando medio mal. Via ver a doña Dominga.

—¿No será de cuidao?

—No¡ Ya sé lo qu'es!...

—Andá, entonce.

★

Con Roja perder conversación y estar como enferma, Ramón se quedó sin compañera.

En lo sucesivo, ella sería lavandera, y él una Hormiga perdida en el campo del sol y la soledad.

JUAN JOSE MOROSOLI
ILUSTRACION DE [illegible]

[illegible] Ud. Pálido, Casi Calvo y Flaco Como un Riel, *dice* Harris"

BERNARD SHAW no descuidó nunca una oportunidad de hablar o escribir sobre sí mismo, y hay que reconocer que tal método le dió resultados sin precedentes, por los largos años en que pudo emplearlo. La mayoría de la gente cree que no se mencionaría el nombre de Shaw con tanta frecuencia en los diarios, si no fuera un hombre de primera importancia, pero ¿son Coolidge, Chevalier, Baldwin o Capone de primera importancia? Esto es notoriedad, no fama.

Hay periodistas de Fleet Street que aun creen que Shaw es muy difícil de entrevistar. Así que se ufanan cada vez que lo consiguen, aunque sea seis veces por semana. Es claro que él difiere de la mayoría de los notables en que viene algo que decir, pero eso ya no importa. Cualquier cosa que diga es muy bueno. Si dice: "Lindo día", los repórteres ríen y miran al cielo dudando.

Nuestro primer encuentro

Mi primer encuentro con él fué hace más de cuarenta años, en una reunión socialista en el Eastend, el sector pobre de Londres. Hablaba como comunista, como marxista convencido. Me hizo cierta impresión: muy alto, de más de 1.80, y anguloso de tan delgado, con larga cara huesuda correspondiendo, pensé, a una tendencia a llegar hasta el fondo en todo; cabello rubio rojizo y barba larga y descuidada; ojos ingleses azul gris con cejas rectas levantándose hacia fuera, añadiendo así un toque mefistofélico a la expresión alerta y vivaz. Estaba vestido sin cuidado, como de sport, despreciando las arrugas de toda su ropa. Su cutis, muy blanco, aun para un pelirrojo, me pareció demasiado exangüe, y me recordó su vegetarismo. Sus movimientos abruptos, como su mente siempre cambiante, su perfecto aplomo, todo mostraba un hombre capaz, muy consciente de su capacidad, muy directo y sincero, bien decidido, y sobre todo un conservador cautivante, con bastante acento irlandés para ser notado por las mujeres con interés de captura eventual.

Una carta de Shaw

Mi querido F. Harris:

No puedo ir mañana. Ayer fuí atacado por la forma más indigna de la endemia local. Mi interior se convirtió en una simple caverna de los vientos y las aguas; y anduve echándome en cualquier parte, incapaz de sostenerme en pie más de diez minutos por vez.

Hoy, después de una buena noche, puedo sentarme y escribir al aire libre. Los vientos decrecieron, pero no las aguas; y no me aventuro fuera del alcance del asiento apropiado hasta no llegar a decencia normal en tal respecto. Así que le propongo nos veamos el miércoles y no mañana. Para entonces estaré o del todo sano o muerto.

Una discusión

Una vez discutimos por cinco horas sobre todo y cualquier cosa, y algo de ello, lo más tonto que se pueda imaginar. Aun los cumplimientos se condicionaban. Shaw se extrañaba porqué mi apariencia era tan joven. (Tengo seis meses más que él).

"Buena carne, buen whisky, buen vino, y mucho de todo ello, — dije — y mírese usted, pálido, casi calvo y flaco como un riel".

"Mi cutis es la admiración de Europa — dijo él —. No tengo ninguna mancha de calvicie en mi cúpula, y mi delgadez es una cualidad, no un defecto. Y todavía usted, con envidia va contando por ahí que soy un débil sexual".

"Nunca lo dije", — grité.

"Sí, lo dijo, en una conferencia en Berlín".

"Bueno, si lo dije, es verdad, usted lo es".

"No es verdad, si soy algo, soy un atleta sexual".

Lo miré asombrado. ¿Lo diría en serio?

"¿Usted atleta sexual? — repetí —. Pues usted me contó que vino a Londres a los 19 años y que su primer acto de amor manifiesto tuvo lugar a los 29 años. ¡Son diez años! Si usted hubiera sido Shakespeare, habrían pasado diez meses, y si hubiera sido yo o cualquier muchacho, habrían pasado diez días u horas. ¡Usted atleta sexual, Dios mío!

"¡Ah! — dijo él —. Pero usted y él no se educaron en Handel y Mozart y Miguel Angel y Rafael y escultura griega, como yo. Si su sentido de lo bello se hubiera cuidado propiamente, usted no habría podido tocar nada tan prosaico como una mujer real, a esa edad".

Por la época de esa discusión yo tenía 72 años y Shaw meses más. Dos viejos tratando tema tan juvenil, en que podrían tener sólo interés académico, me parece divertido, pensándolo.

Shaw me había dicho que preservó su virginidad hasta los 29 años. Yo encontraba eso inconcebible e increíble suponiendo que Shaw sea hombre normal. Pensé en alguna debilidad constitucional en él, en la insuficiencia de su tonta dieta vegetariana. Pero tuve que convencerme que todos los sentidos de Shaw están intactos a su edad, y que no hay nada anormal en su apariencia. Evidentemente, el vegetarismo, por cualquier otra cosa que haga, no disminuye la virilidad del hombre más que la bovinidad del toro o la elefanticidad del elefante.

La clave del enigma está en una observación de Shaw, de que es imposible la persecución de mujeres sin dinero en el bolsillo.

Esto no es verdad de ningun modo: muchos humildes aventureros vivieron de las mujeres, según testifican los informes policiales. Aun que Shaw podría pasar por hombre de genio, entre mujeres, ni estaba en condición social de primera como para tener acceso fácil a mujeres ricas en las mejores condiciones, ni era hermoso o elegante, como otros hombres célebres financiados por grandes damas.

El mismo reconoció que cuando andaba más pobre y bohemio, ninguna mujer de cierta delicadeza se hubiera persuadido para tocarlo ni aun con pinzas, suponiendo que hubiese podido frecuentar los salones de las delicadas. Pero en parte tal delicadeza debía estar también en él, pues creo que en lo sexual cada cual encuentra la horma de su zapato.

Los Shaws no sabían vivir dentro de sus recursos. Así como antes su madre alquiló una casa entera, cuando podía pagar alojamiento, el hijo compró en la mejor casa de Londres un sombrero de copa por una guinea, el mayor precio en aquellos días en que una galerita barata o una gorra de un chelín habría sido más juiciosa inversión. Tuvo que usar el cilindro tanto, hasta poder comprar otro, que en sus días finales debió usarlo con el frente para atrás, pues el ala se había aflojado demasiado para cuando tenía que saludar una dama.

El saco también, fué de la clase que es mejor no usar si no es en perfecto estado. El cambio de azul marino a verdeté es peor que la ruina de un imperio. Tales sacos insisten en pedir puños de hilo, y Shaw tenía que operar los suyos con las tijeras de su madre cuando mostraban las hilachas. Y las tapas de sus botines eran peores que las últimas del cilindro. Tales no son la túnica ni las plumas de don Juan.

La charla de Shaw sobre las huríes del paraíso del arte y las desventajas de las mujeres reales en comparación con las de Praxiteles y Rafael, son puro cuento. Las uvas estaban verdes. Si no podía tener lo que le gustaba debía gustar de lo que tenía: eso era todo. La prueba es que en cuanto la mariposa pudo nacer de la oruga bohemia, el santo se volvió un desvergonzado pecador y quedó tal hasta su casamiento, trece años después. No se puede ignorar la coincidencia de las fechas.

Sin duda que la sacerdotal continencia de tanto tiempo impuesta por su pobreza conservó su joven energía, la que puede haber reforzado la vitalidad considerable que aun exhibe. También, el pecador inveterado nunca fué intemperante; pues si es imposible la persecución de mujeres sin dinero, es más imposible aún sin tiempo libre, y el socialismo y la crítica y más tarde el teatro no dejaban tiempo libre a Shaw. Estas cosas lo hicieron eminente, y, siendo actor ingénito, pronto aprendió cómo representar bien su parte y así llegó a ser más perseguido que perseguidor.

ILUSTRACION DE *Pascual Guida*

Como nadie tuvo nunca una aventura amorosa que las habladurías no multiplicaran por diez, y las mujeres no hacen secreto de sus éxitos con hombres notables, Shaw tuvo pronto una reputación extrañamente opuesta a la idea que brotó más tarde, de que era un puritano impotente. Pero lo que así perdió en autoridad, lo ganó en popularidad con otra reputación que ampliamente mereció: la de crítico musical extraordinario.

Una vez, cuando le dijeron que gozaba de gran reputación en Norte América, Shaw preguntó, "¿Cuál? Soy filósofo, novelista, sociólogo, crítico, estadista, dramaturgo y teólogo. Tengo por lo tanto siete reputaciones".

La esclavitud necesaria

Por supuesto, escribió sobre "Imposibilidades del anarquismo", y no iría muy lejos en socialismo sin ejército y marina de buen tamaño. Tampoco cree que el hombre marginal, el hombre al borde de ser pillo nato, pueda tenerse a raya sin un verdugo en último término. Está en contra del castigo por la razón que dos negros no hacen un blanco; pero exterminaría sin piedad los ociosos parásitos e improductivos en general, y la gente violenta y rapaz que derrochan las vidas de la gente razonable que debe cuidarlos. Querría que todos nos presentáramos ante un Comité Judicial cada cinco años para justificar nuestra existencia y conseguir permiso para existir cinco años más.

El gobierno, dice él, no es más que la organización de la esclavitud necesaria, y su primer deber es cuidar que nadie escape de la parte que le corresponda.

La libertad empieza cuando la jornada de trabajo termina. El es muy cortés con los dictadores eficaces, y mantiene que todos los buenos gobernantes son dictadores, no importa cómo se les llame, y que nuestro método parlamentario de poner un partido para hacer el trabajo de la nación y otro partido para impedírselo, es sólo una excusa para no hacer nada, sino charlar, y que todo eso debe terminar ante el positivismo fascista o comunista. El problema de la democracia es como dar a los gobernantes todo el poder, menos el poder de seguir con su oficio si dejan de cumplirlo. Nos advierte que el Estado Socialista deberá ser supremo. Podría hacernos buenos. Hasta entonces la ética de Shaw anda algo floja.

"No me concierne — dice — que, según ciertos sistemas éticos, todos los seres humanos entran en clases rotuladas mentiroso, cobarde, ladrón, etc. Yo mismo soy, según esos sistemas, mentiroso, cobarde, ladrón y sensual; y es mi intención deliberada, alegre y autorrespetable seguir hasta el fin de mi vida engañando a la gente, evitando el peligro, haciendo negocios con editores y empresarios sobre el principio de la oferta y la demanda, en vez de la justicia abstracta, y dejándome llevar por todos mis apetitos, cada vez que las circunstancias recomienden tales acciones a mi juicio".

Seriamente, se puede escribir las íntimas convicciones de Shaw y sus secretas aspiraciones en términos de Lenin, Mussolini y Gene Tunney (el campeón mundial de box de entonces). Mussolini y Shaw son dos éxitos que empezaron como socialistas, y lo que Shaw admiraba más en Mussolini era el hecho que el Duce había sido capaz, al parecer de remodelar una nación entera según sus propios extraños gustos, mientras Shaw sólo pudo charlar de los suyos y no consiguió que se hiciera algo a su modo. "Nunca tendré real influencia, — dice — porque ni maté a nadie ni quiero matar".

Shaw y su mujer

Fué en Regent Street que los vi, él alto y descarnado, ella baja y bien nutrida.

Siempre que quise describir a la señora Shaw me gritaron de todos los rincones de mi propia casa por mi inexactitud. Se me informa inmediatamente que no es baja, y no es gorda, sino muy hermosa de forma y cutis, con cara chica y cabello blanco peinado hacia atrás; mujer de maneras agradables y quietas, adicta a flecos y volados y vestidos de vuelo que recuerdan las estatuas de la reina Victoria. También se me asegura creíblemente que tiene cabello castaño oscuro y ojos verdes; que está siempre muy bien vestida a la última moda y es gran abogada de las faldas cortas; que su estatura exacta es de 1.64 y su peso de 72 kilos. Los lectores se la pueden imaginar a gusto ahora.

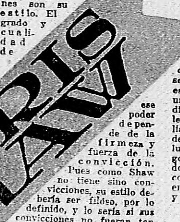
Yo, en mi inocencia, creía que la gente se casaba por amor o por dinero. Shaw no quería admitir esos motivos en su caso. "Nos casamos, — dijo — porque nos éramos indispensables uno al otro". Y esa parece ser la sencilla verdad.

Casi todos los visitantes se esfuerzan en contar lo amable que es la señora Shaw, y como, siempre que la quieren hacer entrar en la conversación, rehusa de propósito tomar la oportunidad.

La señora Shaw tiene aire de propietaria sobre Shaw — el complejo "muy marido" cuando no es "el genio" — pero no muestra el apetito de publicidad de él y parece preferir los quietos rincones de su piso en Londres.

La señora Shaw antes del matrimonio era una fuerte feminista, en rebelión contra los ideales domésticos, celosa de su independencia, muy reacia a cambiar su nombre, en guardia contra cazadores de fortunas, por defender la suya, bien preparada para desafiar las convenciones y atraída por la aparente disposición de Shaw a hacer lo mismo. Entre tal pareja no había razón para que su amistad y su asociación intelectual no continuaran indefinidamente sin comprometer la libertad de ambos.

Pero una enfermedad, no grave, una infección mal cuidada, alteró la situación. Shaw como inválido le presentó un nuevo problema.



Por primera vez visitó el hogar de madre e hijo, y se horrorizó. Todo el ceremonial de la enfermedad a que estaba acostumbrada, faltaba allí. La madre de Shaw parecía no ocuparse para nada de su hijo, y el desorden desastroso del cuartito de Shaw con su descuidado lecho, su escritorio polvoriento, la ausencia de todo lo que demandaba la noción de orden y decencia de una mujer rica y refinada, le hicieron temer una consecuencia obligada: la muerte del paciente por negligencia y abandono.

Ella tomó prontas medidas en forma de una casa de campo donde quiso llevar a Shaw, pero no había contado con el lado convencional de él, que siempre había con todo escrúpulo evitado lo que podía comprometerla, y aunque no creía grave su mal, un pie llagado, si debía morir no sería de ello, sino porque Rafael y Mozart y Schiller habían muerto a su edad, y aunque viviera hasta ser un viejo fastidioso, no iría a sufrir la dignidad de ninguna mujer por culpa suya.

Pero ella no quiso saber nada, y siguieron discutiendo el punto hasta que no le quedó a Shaw sino un camino. En menos de una semana eran marido y mujer.

La Sra. Shaw vió que él era el más independiente de los artistas y que debía conservarse libre. Provisto de un hogar confortable y de una renta asegurada, no había límites para lo que podría hacer, y es un hecho que todos los frutos de sus éxitos se fechan desde el año después de su casamiento, aunque muchas de las semillas se habían plantado mucho antes. Y éste fué el pesar de la Sra. Shaw, pues se había asociado a un esposo anticonvencional cuya grandeza no se había de reconocer antes de trescientos años al menos, y pronto se encontró ligada a un marido muy convencional cuya popularidad se hacía más vulgar y a la moda de año en año, y para cuyos bolsillos que se llenaban rápidamente con los crecientes éxitos la renta de ella era como inútil. Todos los matrimonios tienen algún lado trágico.

Dice un personaje de Shaw: "Por cualquier cosa que yo pueda ser, no soy ninguno de esos marineros de bonanza que no harán por su credo más que ir al Cielo por él. Yo estaba pronto a ir al Infierno por el mío. Quizá no entienda usted eso".

Creo que la Sra. Shaw lo entendía, pero no veía que se ganara nada dejándolo hacer. Así que lo hizo subir algo hacia el paraíso. Ahora no habrá ocasión ya de que descienda al Infierno. Como Oscar Wilde, es demasiado buena compañía.

Shaw y las mujeres

La gran actriz Pat Campbell, en 1912 escribía de él: "Cierre fuerte sus ojos contra este adulador irlandés, actor y mentiroso... No se interesa sino por su misión, como él la llama, y por su trabajo. Es traidor como sólo puede serlo un irlandés: la adora a una con un ojo y con el otro la mira calculando la utilidad. Ha estado tratando descabelladamente de agradar, de deleitar, de persuadirla a una que lo eleve al cielo por un momento (está tratándolo ahora); y cuando una lo ha hecho, corre a contárselo a la chusma".

Después de esto, él sigue y suplica que no le retire del todo su amistad, que él vale en verdad algo, aun para ella. Es demasiado gran mujer para pertenecer a ningún hombre; queriendo decir que él es demasiado gran hombre para pertenecer a ninguna mujer. La pone en guardia contra sí mismo, con apasionada atención hacia ella, sinceramente, aunque sabiendo que eso es uno de sus más peligrosos bluffs.

Cuenta Shaw:

"El gran actor Tree, bromeando sobre mi vegetarismo, dijo a la misma actriz: "Démosle a comer un bife y veamos qué efecto le hace". "Por favor, no —dijo ella—. Es bastante mal como ya es, pero si come un bife, ninguna mujer en Londres estará segura:

Cuenta Shaw:

"He sido familiar de bellezas célebres, y lo que no es de ningún modo lo mismo, de realmente bellas mujeres, sin que ninguno perdiera una pluma de nuestra integridad. Soy, y siempre fuí, un incorregible flirteador, reteniendo algo de la añeja galantería de los irlandeses de mi generación; empero, se pueden contar las mujeres que no me dejaron nada que desear, con menos que los dedos de una mano. A estas ocasiones no doy en comparación ninguna importancia, son otras las que duran."

Cuenta Shaw:

"La moral y las emociones no son las mismas de ambos lados de las candilejas. La actriz Elena Terry y yo cambiamos unas ciento cincuenta cartas por los años noventa. Una institutriz a la antigua diría que muchas de ellas eran cartas de amor salvaje; y sin embargo, aunque siempre vivíamos a un chelín de coche de puerta a puerta, nunca nos vimos en privado; y la única vez que la toqué fué en su estreno con mi "Brassbound", cuando la besé formalmente la mano".

Shaw puede ser un magnífico enamorado siempre que se entienda perfectamente que nada resultará. ¿Qué mujer no tendría como amador a un "gran hombre" en tales condiciones de "seguridad ante todo"? No olvidemos que Shaw, el ex cajero, es un economista. Sospecho que la expensa de mantener diversos establecimientos lo mantendría derecho más que cualquier otro factor. En verdad, la sospecha es más que teórica, porque él mismo dice con alguna verdad desde el punto de vista puritano, pero no desde el mío, que "ningún hombre que tenga realmente algo que hacer en el mundo, tiene dinero y tiempo bastante para perseguir algo tan largo y tan costoso como es perseguir mujeres."

Cuenta Shaw:

"Cuando al fin pude ir vestido en forma presentable, pronto me acostumbré a que mujeres se enamoraran de mí. No necesité perseguir mujeres; fuí perseguido por ellas. Aquí no salte a conclusiones prematuras. Todas las perseguidoras no deseaban intercambio sexual. Deseaban compañía y amistad. Algunas eran casadas felices y con afecto apreciaban bien mi pronta concepción de que lo sexual estaba excluído. Algunas estaban preparadas a comprar amistad con el placer, convencidas que los hombres están hechos así. Algunas eran genios sexuales, insoportables en cualquier otra capacidad. No hubo dos casos iguales. El dicho de W. Morris que "todas tienen el mismo sabor", no fué, como lo pone Longfellow, "dicho con el alma".

Encontré que el sexo no tiene esperanza como base para relaciones permanentes, y nunca soñé el matrimonio en conexión con él.

"Me gustaba el intercambio sexual por su asombroso poder de producir un torrente de celestial emoción y de exaltación de la existencia que, por momentáneo que sea, me daba una muestra de lo que podría ser un día la vida normal de la humanidad en el éxtasis intelectual."

Shaw muestra la clara distinción que hay entre escribir novelas y piezas de teatro. Los novelistas, observa, no escriben: "Un agudo dolor atravesó el corazón de la madre, porque de un vistazo vió que su hijo no podía vivir muchos capítulos". Ni tampoco los dramaturgos deben informar a su audiencia que "parte del escenario se quitó para representar un sótano". Insiste en que el trabajo del escritor teatral es hacer que el público se olvide del escenario y que el actor olvide al público, y no recordárselo a cada rato.

Considerando la falta de calor de sus escritos es sorprendente cómo Shaw puede conseguir tal vivacidad y gusto en su estilo. Como los ómnibus de Londres que serpentean por la masa del tráfico, llega a su destino con asombrosa rapidez. Esto indicará que a pesar de su palabrerío parece saber adónde va, pues ahí llega eventualmente. Sus convicciones son su estilo. El grado y cualidad de ese poder depende de la firmeza y fuerza de la convicción. Pues como Shaw no tiene sino convicciones, su estilo debería ser filoso, por lo definido, y lo sería si sus convicciones no fueran tan contradictorias. Es socialista, fabiano, pacifista, vegetariano, abstemio y muchas otras cosas. Es el campeón anti: es anticapitalista, anticaníbal, antitabaco, antibebida, antirrealista y antidemócrata, antiviviseccionista, antiinoculista y muchos más. Además, es pro y contra en muchas cosas al mismo tiempo, pues es guerrista y pacifista, evolucionista y antidarwiniano, nacionalista y antipatriótico, propudor y anticensurista, y así hasta lo infinito.

Brevemente, nuestro querido Shaw, hombre sin principios, jura por muchos principios, que a veces hasta se excluyen mutuamente. No es maravilla que a menudo su estilo camine con embarazo como el ómnibus londinense que usé en comparación.

Escribió Shaw que:

"Estoy convencido que Shakespeare era exactamente como yo."

Amistades

Conozco poco las amistades de Shaw, pues no frecuenté sus "cliques". Evitaba él la sociabilidad literaria adrede, declarando una vez que cuando llegó a Londres escuchó en un club de literatos cómo cada uno se encargaba de los trapos sucios ajenos, resolvió evitar a los hombres de letras tanto como el duque de Wéllington evitaba estar con soldados. Pero él quedaba fuera, no sólo de la sociedad literaria, sino también de toda sociedad como tal. No se le ve en clubs ni en recepciones. No hace visitas de sociedad. No cena fuera de su casa. Dudo que haya usado un centenar de tarjetas de visita en toda su vida. No es jinete, ni cazador, ni tirador, no rema, no juega golf, ni tennis, ni cricket, ni hace nada de lo que acerca a los hombres de sus medios entre sí. Los almuerzos que son las únicas formas de hospitalidad de su mujer, no tienen nada de la rutinaria promiscuidad de las listas sociales para retribuir. El único modo de conocer a Shaw es estar en un comité con él o tener que ver con su incesante trabajo. Sus diversiones las definió el mismo en general como "cualquier cosa menos sport" y en particular como "parada".

En Londres no llegué a saber que sea popular entre sus colegas. Pero él fué siempre friamente económico de perder tiempo en disputas, como tantos hombres de letras hacen, y por la misma razón fué casi imposible ser activo enemigo suyo sin portarse mal.

Una dama dijo una vez que Shaw era muy peligroso, y



BERNARD SHAW

preguntada cómo y por qué (en espera de algo escandaloso), explicó "Una lo invita a su casa para que entretenga a los invitados con su brillante conversación y antes que una sepa dónde está, ya eligió él una escuela para el hijo, le hizo a una su testamento, arregló su dieta y asumió todos los privilegios del abogado de la familia, del mayordomo, del cura, del doctor, del modisto, del peluquero y de su agente de negocios. Cuando terminó con todos los demás, incita a los chicos a la rebelión. Y cuando no encuentra más que hacer, se va y la olvida a una enteramente."

Algunas opiniones

Oscar Wilde dijo de él: "No tiene enemigos, pero ningún amigo lo quiere del todo."

George Moore: "El gracioso de la pensión".

De Casseres: "Una quinta copia al carbón de Voltaire, que no podrá ser nunca grande porque su humor no es trágico".

Huneker: "Un ángel sin alas con temperamento de solterona."

Como fué Irlanda que lo crió y América que lo descubrió, estas palabras irlandesas y americanas dicen quizá todo lo que hay que decir de él. Ningún inglés dijo mejor.

Su religión

Shaw puede decir con Byron que no es difícil morir, y sí enormemente difícil vivir; eso explica por qué, en el fondo, la paz es, no sólo mejor que la guerra, sino infinitamente más ardua.

Ahora declara, en edad madura:

"Esto tanto se, mirando a la vida después de los setenta: hombres sin religión son cobardes morales, y los más, también cobardes físicos cuando están sobrios."

Para Shaw, la religión del socialismo representa una influencia ética definida en las vidas humanas, aunque me parece que sus pretensiones son extravagantes en exceso. Su creencia simplista de que da valor físico y moral, es muy cuestionable. ¿Dónde estuvo, pues, el coraje de los socialistas del mundo en la última guerra? Si hubieran tenido el coraje de sus convicciones, habrían rehusado masacrarse unos y otros; como los creyentes en el Dios cristiano, siguieron las órdenes de sus oficiales mejor que los preceptos de Jesús.

La religión es de esencia espiritual: es el anhelo del hombre de encontrar el enigma de la vida, de aprender el objeto de su existencia, de comprender el motivo y meta universal. Es, en breve, la expresión de la necesidad de identificarse con poderes mayores que el hombre y obtener una relación con ellos que satisfaga al alma y al espíritu.

¿Qué tiene que hacer el socialismo con ello? En lo mejor se refiere a la relación física del hombre con su próximo y la colectividad. Por internacional que sea su fraternidad, no alcanza, ni puede alcanzar, más allá de la tierra.

Así que Shaw debe volverse del socialismo como religión, hacia algo mejor. Esta otra cosa, más amplia y universal que el socialismo, es su Evolución Creadora. "Es mi religión", dice. "Es la religión del siglo veinte".

Pero aunque se escriba con mayúsculas, eso no explica las cosas. Creemos, en verdad, que la evolución es ley del universo y podemos asumir que es evolución creadora. Pero no está claro cómo nuestra creencia en nuestra descendencia de formas de vida inferiores pueda inspirarnos el espíritu "del coraje moral y la moralidad de la religión".

La religión de Shaw falla en darle el verdadero significado de la vida, y así trata de hallarlo en alguna voluntad superior. "Esta es la verdadera dicha", dice, "ser usado para una finalidad que se reconoce potente; ser gastado enteramente por ella antes que lo tiren a uno a la basura".

Pero Shaw debe de tener algún papel en el Universo, así que "el Gran Poder ni es omnisciente ni omnipotente". Está probando de ser ambas cosas con ayuda de sus propias criaturas. Aquí está, pues, la gran oportunidad de Shaw. Su Ser Supremo debe ser sujeto a error, y Shaw, muy seriamente, nos instruye de que "Dios se equivoca".

Diablo suertudo, este Shaw. Encontró su vocación: corregir los errores de Dios.

Su Dios, el Dios [illegible] aun lucha con la obra de [illegible] Evolución Creadora y nos [illegible] como sus obreros, habiéndonos creado con tal objeto y procediendo por el método del tantear y errar, necesita ayuda.

Shaw y el dinero

Shaw nos ha dicho que su fiasco al principio fué tal que en nueve años había ganado con su pluma incansable un total de cinco libras, nueve chelines, seis peniques, es decir unos ochenta pesos. Pero ha escrito el camino hasta cada penique que posee ahora.

No tiene hijos y su mujer era rica por su parte. En una carta explicaba él: "Entre lo que tiene mi mujer y yo, estamos en la clase de los cinco a diez mil por año, y se gasta todo. (De setenta a ciento veinte mil pesos por año). Yo estoy demasiado ocupado para gozar del dinero: tengo más de lo necesario, y no he tenido nada; y la diferencia en felicidad ha sido desdeñable. Soy uno de los que tienen al dinero como a seguridad y exención de mezquinas tiranías. Me repugna la caridad y la generosidad y la filantropía, etc.; repito que cuando tengo que ayudar a algunos con finanzas los odio tan cordialmente como me odian a mí".

Es esta actitud suya contra la filantropía que lo hace ser considerado en general como falto de corazón y sentimientos. Pero él expresa aborrecimiento "por las abominables y bastardas utopías de la caridad distinguida, en que primero se roba al pueblo y luego se lo patrocina como pobre de solemnidad, en compensación, para que el rico pueda combinar el ocioso lujo del ladrón protegido con la untuosa autosatisfacción del frío filántropo."

Quizá pensar en todas las cartas de asedio y de pedidos que tendría que leer hizo que Shaw aceptara el premio Nobel pero no el dinero del premio, que entonces, en 1925, llegaba a casi cuarenta mil dólares. La fama tiene también sus agonías y la gloria sus sombras.

Pregunten a Shaw por qué su nombre está siempre conspicuo en los diarios, y dirá: "¿Por qué el sol más bien se nota en los cielos?"

FRANK HARRIS

"Mi Delgadez es una Cualidad. Mi Cutis es la Admiración de Europa, *responde* Shaw."

EL DEVORADOR DE FLORES

por

FERRARI AMORES

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

—MARICA, Marica... ¡Maldita mujer! Me ha venido siguiendo toda la mañana. Mal hice ei ir a dormir anoche a mi casa... Cruzó la calle en dos saltos. Cuando volvió a sonar la pitada de tráfico, hizo esta deducción: —Yo sufro de fitofagia. Pero esta inclinación morbosa a devorar las flores ¿no será a su vez, una advertencia de la naturaleza, que me insta, con eno, a emprender un trabajo de superación? Pero, para lograrlo, lo primero que se necesita es la dureza... La dureza que preconizaba Nietzsche: Recapacitó un buen rato, andando, y luego se dijo: —Y, verdaderamente, lo que llaman bondad, designando con esta palabra... Pero, ¿cuánto hace que he dejado de ser el famoso artista Felipe Herrero?

Empezó a recordar.

En su estudio, situado en aquella época de esplendor en una lujosa avenida, lo visitaba Friné Rossi, un colega de muchos méritos. Se amaban. Una tarde, apenas regresado Felipe de una larga jira por el extranjero, donde vendió sus cuadros a buen precio, la halló, como siempre, esperándolo. La notó más pálida, más grácil que antes. Pero no se le ocurrió hacerle ninguna alusión a ese respeto. ¿Para qué? ¿Acaso iba a quererla menos porque estuviera más delgada? Temió mortificarla inútilmente. La amaba, y era correspondido, y ninguna otra cosa en el mundo le interesaba más que ese cariño.

Felipe Herrero, en aquella ocasión, se sentó sobre uno de los cojines dispuestos sobre la alfombra, apoyó su cabeza sobre las rodillas de su amiga, y dejó que hablara en silencio.

—¡Ah, loco!..

—La locura es el género poético más natural, Friné. Hasta en eso verás que nunca dejo de ser quien soy...

—Loco, loco..

—Divina.

—Tus cartas me llegaban muy raramente.

—Perdóname.

—Como casi nunca llevaban fecha, yo atribuía las demoras al correo

Felipe sonrió.

—Y, a lo mejor...

—No. Eras tú el que fallaba.

—¿Yo? No, Friné. Fallaba mi actividad material, en todo caso. Y no solamente eso. ¡Vieras la dificultad que significa asir con los medios de expresión habituales una cosa tan insólita, tan nueva como este amor! ¿Te imaginas un hombre que hubiera vivido ignorando su corazón,y que de pronto, por primera vez, siente un latido en su pecho?

Friné inclinó el rostro, conmovida por el tono de sinceridad con que su amigo pronunciaba esas palabras. Felipe, tomándola hipócritamente con una mano de la barbilla, como el fotógrafo que busca darle una posición armónica a la cabeza, continuó:

—Oye... Si se mira de perfil tu boca, tus labios forman dos pequeñas curvas convexas... Semejan las alas de esos pájaros marinos que vuelan pintados en casi todos los cuadros donde hay una perspectiva de agua, un barquito a vela en el horizonte, y algunas nubes hinchadas como los carrillos del que sopla; y es que en tus besos está concentrada la virtud del vuelo, el mágico poder que infunde el deseo de remontarse sobre las cosas de la tierra ..

—Dulce amigo...

—¿Lloras?

—Es el deshielo de la ausencia, Felipe..

La sala era vasta y silenciosa como un gesto.

Afuera, la erupción del crepúsculo arrojaba al cielo sus lavas, sus cenizas, sus humos, y las nubes reverberaban en sus bordes el rojo violento de la convulsión, como peñascos alrededor de un cráter.

—¡Aleluya, amada! La suma de todos los deseos nos empuja el uno hacia el otro.

—Pero, verdaderamente... ¿Significa eso, Felipe, que hemos sido creados para amarnos, para complementarnos, para componer esa cosa sola y perfecta que simboliza la moneda partida cuando se han unido los dos fragmentos?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Es verdad; no hay duda. Sin embargo, hay algo que parece indicar que no ha llegado el momento de unir los dos fragmentos...

—¿Y ese algo?

—Es esa causa desconocida que evita siempre que el a[illegible] en potencia se realice. ¿Por qué no nos dec[illegible]os a casarnos? ¿No lo has notado? Y eso, par[illegible] significar que estamos confundidos.

—¿Confundidos?

—No quiero decir confundidos con respecto a nosotros mismos, a la autenticidad de nuestros sentimientos, no; sino confundidos con relación a la oportunidad, al hecho factible, ¿comprendes? Quiero decir que quizá no estemos maduros para la fusión definitiva, para el logro común.

Felipe, a estas palabras, palideció intensamente; en vano trató de disimular su turbación.

—¿Será para otra vida, entonces?

—¿No lo crees? Para una segunda, para una cuarta, para una vigésima encarnación, quizás. Porque ¿quién podrá saber a ciencia cierta cuántas han pasado ya? ¿Qué número lleva la presente? ¿Cuántas la precedieron? ¿Cuántas la seguirán?

—¿Y siempre nos veremos?

—Es como un engranaje. En cada una de nuestras sucesivas existencias, el uno buscará al otro, fatalmente; y cuantas veces crea haberl hallado, se confundirá; y cuando menos lo piense acertara.

Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, risueñamente:

—¡Eso es una hipoteca perpetua, Friné!

Ella bajó los ojos.



—Te pesa, ¿verdad?

—No, no; nada de eso. De modo que... Pero, dime ¿no estaremos ahora confundidos?

—No, no estamos confundidos en el sentido que piensas, que deseas, acaso, que vislumbras como una salvación...

—¡Friné!

—Somos los dos fragmentos auténticos de la moneda rota. ¿No amaste muchas veces antes de ahora?

—Cierto; y también me pareció, creo, que era con carácter definitivo.

—¿Siempre?

—Siempre.

—Pues bien; es que pensabas haberme hallado. Por eso el engaño no duró, ¿verdad? Reiteradas veces tuviste la certeza de tu pasado error en la facilidad con que te enamoraste de otra, y de otra más, y luego de otra...

—Hasta que nos conocimos, es verdad.

—Yo soy la predestinada, la que llega y permanece. Ya no podrás enamorarte más... Y, sin embargo, quizás no se realicen nuestros deseos en esta vida. Tú lo has visto. Cuantas veces pensamos casarnos, algún obstáculo se interpuso. Nuestro afán quedará defraudado.

Diciendo esto, Friné Rossi se acercó a un búcaro que había sobre la repisa de la chimenea, y acomodó un poco las flores, con ese ademán un tanto displicente que tienen las mujeres para arreglarse el cabello a cada paso. Continuó, con un hilo de voz:

—¡Pobrecillas! He cambiado muchas veces las rosas, que son las ilusiones pasajeras; muchas veces cambié las violetas, que simbolizan el anhelo recogido; y también cambié por otras las gardenias de esperanza y los lirios de pureza. Pero mira, Felipe: esta flor que está en el medio, entre todas ellas, es una siempreviva; y es la misma de entonces, de otras veces, la misma de siempre...

Felipe Herrero se levantó, de pronto.

—Me voy a trabajar, Friné.

—¿A trabajar?

—A trabajar. Estoy colmado, necesito vertirme. Me reclama la obra que te dedicaré, la obra sublime que comencé a propósito en setiembre para obtener el auspicio del Dios fecundo.

Otra vez se anidaba en él el demonio hipócrita de la grandilocuencia.

Se abrazaron. Ella dijo:

—Parece que huyeras.

—Es que tengo miedo de desbordarme.

—Bien, vete. Pero dime, antes...

Quedó un instante indecisa.

—Habla.

Lenta, apasionadamente, aunque casi en voz baja, Friné le preguntó:

—¿Has llevado alguna vez una siempreviva a tu taller?

—No; nunca.

Y Felipe repitió, con ingenuo asombro.

—Es verdad, nunca...

Ella tomó entonces la flor y se la prendió en la solapa del saco.

Se separaron.

Cuando él volvió otra vez a la sala, dos horas después, encontró a Friné echada sobre el diván, con los ojos abiertos y fijos.

Estaba muerta.

Felipe Herrero se pasó muchas horas sin conocimiento.

Cuando recuperó el sentido, una amnesia local, circunscripta al suceso que dejamos narrado, le libró de nuevos padecimientos.

Algo, sin embargo, subsistió en él, de aquello: su tendencia a devorar flores. Toda clase de flores, menos las siemprevivas.

Una vez le explicó a Marica, su esposa:

—Quiero que queden en el mundo únicamente las siemprevivas.

Y había estado allá, en su casa, canoso y mal entrazado, comiéndose las dalias adquiridas a un precio exorbitante.

Cuando terminó volvió a salir a la calle. Aun no habían dado las once.

Echó a andar hacia los arrabales. Se acordó otra vez de Marica, a la que había dejado llorando detrás de la puerta, y sonrió como antes. Se topó, de golpe y porrazo, con una feria.

—¿Por acá, Felipe?

El aludido se volvió asustado, encogido como para repeler una agresión.

—Yo, soy yo...

Era una voz fatigada, húmeda de pena. Felipe comprendió.

—¡Marica!

—Yo, yo soy. ¿Qué vienes a hacer por acá, Felipe? Mira; a propósito... Pensaba llevarte estas flores a casa. Ahora iba a ir para allá... ¿Te gustan?

Marica, la profunda resignación con que aceptaba la desgracia del hombre a quien amaba, a pesar de todo...

—¡Flores!

—Eléboros orientales.

—Conociendo la espúrea predilección de Felipe por las flores, la pobre Marica, después de haber pasado mucho tiempo sin verlo, le había conseguido esa mañana, por consejo de un famoso herborista, una especie de flores de heléboro, planta de la familia de las ranunculáceas, cuya fama de curar los trastornos cerebrales fué siempre proverbial. En la antiguedad, en efecto, no se usó nada mejor con ese fin. Pero, es sabido que, salvo el eléboro oriental, todas las ranunculáceas, si bien dan unas flores de extraordinaria belleza, son muy venenosas. Y aquellas, por lo visto, no eran, precisamente, del género de la excepción: se trataba, ni más ni menos, de eléboros comunes; o más propiamente, del tipo llamado "acónito napelo".

Felipe Herrero los acogió como un don del cielo, y se los llevó a la carrera, sin despedirse siquiera de ella. Una vez en su cubil, se los comió como uvas.

Su muerte fué instantánea.

Se le identificó a las diez horas de haber muerto.

Era uno de los locos fugados la noche anterior del Hospicio de los Carmelitas.



ZAINOS

ROQUE tuvo un rápido centelleo de lucidez. ¡Una gran!... Vió y analizó perfectamente los actos de aquel ladrón de bolichero. Pudo comprender que la ginebra que le estaba sirviendo como embotellada, como de la buena, no era más que de damajuana y, por añadidura, con soda.

¡Gallego zaino!

Violentamente acarició el talero.

Allí, agachado como lo tenía, apenas separado por el mostrador, echándole soda al bote de ginebra, medio encorvado, viéndolo por entre los cabellos, era fácil pegarle un talerazo en medio de las guampas. En medio de las guampas, no; en la nuca, ¡una gran perra!

Ahora los dedos se niegan a cerrarse hechos puño. Deja que se ablanden, afloja el talero y la zurda va a la copita de ginebra. Toda. Paladea. Piensa. ¿Estará tan hecho?...

El bolichero se aleja.

Es triste, amigo, estar viendo cómo nos engañan. El estaba tomando esa ginebra por buena. Qué diablo: todo es pensar en contra a lo que nos obligan... ¿Por qué iba a creer que las bebidas de ese boliche miserable iban a ser legítimas? ¡De ande diablos! El no era un manyín, para esas cosas era chapetón por donde le hurgaran. Pero hoy...

Volvió a beber.

Allí estaba otra vez el bolichero. ¿Esperaba que le hiciese seña? Roque, con los ojos, dijo que llenara otra vez la copita.

Ya se le va otra vez la mano al mostrador. ¡Qué ganas bárbaras de tomar que tiene! Adentro hay algo que quema.

Tiene otra vez ginebra a tiro. El bolichero le da la espalda. Sería bueno encajarle un talerazo en la nuca.

Se enciende el antojo. Sería asunto rápido y fácil. Pero, pegárselo bien, bien justo, para acertarle justo que escarmiente y vaya a contar al otro lado que ha llegado por mezclar ginebra con soda. Pero, ¿para qué? si por donde mire, sabe Roque que le pagan con la misma moneda.

POR

Juan J. Cornaglia

Ilustraciones de Rechain

Allá está en las casas su mujer. El no está seguro que ella también lo engañe. Si lo estuviera ya habría dado con los huesos en algún calabozo. Pero sabe llegar tan a menudo su cumpá Froilán, que todo lo demás son macanas.

No, la Rosalinda no es zaina. No lo es. Pero para qué, vamos a ver, lo sabe mandar tan seguido al pueblo y luego, cuando vuelve, lo más oronda, como si tal cosa, le sale diciendo, como al descuido, ¿"no sabi quién estuvo a buscarte?"

Mujeres y bolicheros son como para asentarles un talerazo en las guampas. No, macanas: en medio de la nuca. A cual más zainos.

Otra vez con sed. Hay que apagar la fiebre que se va tendiendo en la cabeza con ganas de hacer dormir... Pucha, qué suerte negra no estar hecho a esas cosas! No hace tanto que se ha casado con la Rosalinda. Va para seis meses. Y ya lo tiene acorralado. ¡Qué había sido "indina"!

Son cosas feas para pensarlas. También se acuerda que por hay anda el Ramón del almacén. Otro que bien baila. Ese no lo roba en las alpargatas porque sino no entrarían en el pie. Ese también sabe alivianar los kilos que es un contento. ¿Y los mismos compañeros de trabajo? ¡No le ha tocado siempre, siempre, carpincho!, tener que trabajar con tipos que en las primeras de cambio le dicen hermano y después le salen zainos hasta decir basta?

Se acuerda de uno. Era pulseando. El levantaba firme. El otro le largaba la bolsa.

—No hagás trampa, le dijo una vez.

Y siguió el juego.

Cuando llegó la noche, el otro le dijo:

—¡Que sos bueno, hermano!

Tuvo ganas de pelearlo. No lo hizo. Y no lo iba a pelear porque el otro buscara la aliviada. Lo iba a pelear por hijo de una gran siete. Le dolían demasiado los riñones para olvidarse que durante todo el día había pulseado las bolsas, levantándolas casi él solo. El otro aflojaba en el pique.

¿Y qué le pasó, vamos a ver, con el macaco de Fermín?

¡Pucha, que ganas tiene de seguir pegándole a la ginebra!

Tiraban en yunta para el mismo lado. Eran dos las hermanas. Fermín iba por la chica. Eso le hizo creer por bastante tiempo. Pucha, y la que dió el cachorro fué la otra. Por poco le quisieron hacer creer que él había hecho la fechoría. ¡Si hay zainos en la vida!

Bebe como con asco. No le siente cariño ni al pingo que está en la calle, atado al esquinero. Por donde quiera tender los recuerdos, le han de salir macanas a montones. Ni cuando chiquito le decían las cosas como eran.

¡Que hay macaneadores en la vida!

¿Para qué, vamos a ver, le habrían enseñado tantas veces que hay amigos? ¿Amigos? ¡Como ese gallego rotoso que tiene a tiro y se le pone cada vez más en jos...!

Tiene ganas de protestársela, de pedirle que le se ginebra de la buena.

Está pagando treinta centavos cada copita y eso vale la que es legítima. Ha visto que la damajuana está todavía al lado de la estantería, allá donde la dejó —¿olvidada?— el bolichero.

Se le ocurre una idea. ¿Por qué no pedirle un bote de ginebra para llevarselo? El bolichero, zaino, se pondrá a llenar el bote y ahí no más le asienta el talero. Es fácil hacerlo. Nadie ha de ver.

Roque pregusta el crimen. Quiere vengarse. Lo saborea, lo paladea con todo el cuerpo. Siente que un frío lo hincha de voluptuosidad. ¡Basta de zainos! ¡Sería macho aplastarle la nuca con el talero! Y cree que con eso habrá arrancado de la tierra, para toda la vida, una raza dañina.

Pide la botella de ginebra. Va derecho a su destino.

No se engañó. El bolichero lo cree tan borracho que ni se cuida. Le ha pedido seis pesos por la botella de ginebra. Y va a llenarla. Pero se arrepiente. Le pone soda, bastante soda; como un tercio de soda.

Roque lo ve hacer. Le parece que el gallego sonríe, contento, feliz, como si cumpliese una hazaña. Ahora alza la damajuana. Es el momento. Ni una mosca hay en el boliche, en ese boliche sucio y roñoso de campo. Un aura de tragedia preña el ambiente. Los pelos de Roque se ponen de punta. Zumba el talero. Saltan chorros de sangre de la cabeza rota.

Ahora Roque está fresco, fresco del todo. El esfuerzo le ha causado espanto. Lo ha vuelto hombre. Se gana al pingo y se pierde en los campos.

Se había desgraciado...



LIBROS

ERNESTO L. CASTRO. — "Almas Perdidas" Edit. Claridad.

El principio del libro del señor Castro, clasificado remanidamente en "Invierno", "Primavera", "Verano" y "Otoño", bastaría para alejarnos de este volumen. "Invierno" es un lentísimo relato, que tropieza a cada instante en comentarios y divagaciones. Entre sus más equivocadas interrupciones señalaremos las dos dedicadas a hacer una especie de apólogo a costa de Caín y Abel.

Después viene "Los Paleros", que sigue con no mayor éxito a la estación otoñal.

Y enseguida la justificación del libro: un fuerte relato, titulado "Ibicuy", que paga con creces nuestra insistencia a través de las áridas y monótonas páginas anteriores.

Su tema es crudamente masculino. Su estilo eficaz, limitado a las exigencias rigurosas de la creación artística. La palabrería anterior no aparece en ningún momento. La culpable vaguedad, las insoportables cavilaciones más o menos huecas del "Invierno" y demás estaciones, han sido olvidadas por el señor Castro.

El protagonista y dos compañeros están aislados en un puerto fluvial, sometidos a una vida de desterrados. Trabajan para una compañía comercial, en medio de un calor y una monotonía desesperantes. A semejanza de los europeos que van al trópico, su personalidad se va borrando bajo la influencia torturante del medio. Reaccionan de una manera extraña y brutal. Una infinita exasperación los acongoja. La tragedia se plantea en la forma siempre impresionante de la locura de uno de ellos. Como en otros relatos la selva o la montaña operan casi con la fuerza de seres vivientes, de naturaleza demoníaca, así en "Ibicuy" está presente el estero, con sus mosquitos infernales y la sordidez de las gentes y las tierras que rodean al protagonista, a Jaime y a Torres.

"La Carta", que sigue a "Ibicuy", es un pequeño absurdo literario, con vistas a trascender socialmente, cosa que no logra. "Almas Perdidas", que cierra el libro, es una novela corta, en la que no faltan algunos rasgos interesantes, como el de la obsesión del músico fracasado, hecha sobre el lugar común literario de la vocación destruida por la vida, en una forma que no añade nada nuevo a un tema tratado hasta el cansancio.

U. P. de M.



POEMA DE UNA EDAD

ANGEL de soledad puso en mi mano
un globo de cristal en que está el mundo.
Mi voz quiere acordarse de un sonido,
de un eco, de un crepúsculo,
que fueron el asombro de un instante
y en que la infancia absorta se detuvo.

En mis patios las horas se abismaban
en un atardecer de pozo turbio,
y la lluvia dejaba en las paredes
formas que transitaban por los muros.
Mi infancia, un comprobar en cada cosa
de que es esta existencia el otro mundo,
vistió la realidad como cilicio
y entró al ensueño como al aire puro.

Mi padre fué, viviendo de una muerte,
sólo una austeridad de pleno luto,
sus palabras decrépitas llegaron
como impregnadas de un ayer oscuro,
a perturbar mi claridad sin tiempo
y mi esperanza de silencio lúcido.
Cuando la actividad de los mayores
era un andar y desandar sin rumbo,
dejó el niño su juego misterioso,
alzó los ojos hacia adentro suyo
y descubrió que el alma era un silencio
grato de caminar como los musgos
(¿En qué cielo sin luz tu madre estaba?
Pero el niño Jesús te quiso mucho).

EN la incendiada rueda de las tardes
agonizaba silencioso el júbilo
y me escondía de la noche hambrienta,
sobre la tierra descendente pulpo
para volver como de un pozo al día
todo de voces y colores puros.
El día era de un agua de canciones.
¡Cómo canta la luz, niños del mundo!

HERMANO antiguo de la pena de hoy,
paisaje de la infancia que dibujo,
en que se vé una casa de tres patios,
cuartos deshabitados, semioscuros,
y una gran soledad como persona
reconcentrada en un jardín adusto.
Soy ese niño que en la casa busca
el hueco de una voz para refugio
y anda despavorido oyendo llantos
desenterrados, gritos de trasmundo.

Por González Carbalho ✶ Ilustración de Guevara

Lento castigo

POR

Fabio Berraute

Ilustración de Sorazabal

★



UN día de diciembre del año 1882 penetró de improviso en el rancho de Antonio Luppi, colono del Desmochado, un chico de unos diez años con la cara cubierta de sangre coagulada y las ropas deshilachadas por los abrojos.

El inesperado huésped, que se desplomó al transponer el umbral de la puerta, no fué reconocido en el primer momento. Pero al espanto siguió la consternación cuando, luego de atento examen, comprobaron que se tratara de Elmo, sobrino del dueño de casa.

Nadie volvió a sentarse a la mesa, donde humeaba el puchero en el instante de la macabra aparición.

El infeliz muchacho no quiso o no pudo contestar a las preguntas que atropelladamente le hacían sus tíos y primos, devorados por el ansia de conocer el presentido drama. Con un hilo de voz pidió agua y tras de beberla, quedó sumido en un sopor parecido a la agonía.

A una legua de la casa de Luppi, vivía don Ramón Valdivia, paisano que curaba "de palabra" los animales engusanados y el mal de muelas. A media rienda fué un chico en su busca, no tardando en perfilarse sobre los cardales de los campos vírgenes, la silueta de dos jinetes que cabalgaban enancados. Por no perder un segundo, el curandero había saltado en la grupa del caballo de la chacra y también por ganar tiempo, venía enseñando al muchacho las letanías con que había de asistirlo en su lucha contra Mandinga, causante de todo mal.

Convencido quizás de que los exorcismos no bastarían en la emergencia, don Ramón preparó una fusión de hojas de malva, con la que lavó al herido dejando al descubierto un desgarrón en el cuero cabelludo y parte del cráneo. En seguida aplicó una compresa de caña doble en la parte lesionada y friccionó el cuerpo con sebo de vela caliente, terminando con esta recomendación

—Ahura me lo dejan dormir hasta que solito se componga.

Después de un par de horas, que parecieron interminables a los familiares de la víctima, Elmo abrió unos desmesurados ojos, pero al reconocer a sus tíos y primos en las personas inclinadas sobre el catre en que yacía, se tranquilizó.

Entonces, obedeciendo a las instancias de sus parientes, refirió con palabra sollozante:

—Anoche, ya tarde, sentimos ladrad al León; en seguida se quejó como si le hubieran dado un latigazo y después no lo oímos más. Ustedes saben que ese perro no miente y por eso tata agarró la escopeta y abrió para salir. Unos emponchados, que debían estar al lado de la puerta, sin darle tiempo lo voltearon a talerazos y lo arrastraron al medio del patio. A mama, que salió para defenderlo a tata, le ataron la boca con un pañuelo Y no vi más porque disparé. Antes de llegar al maizal, me largaron unas boleadoras que me hicieron esto, mandándome al suelo. La suerte que me pude levantar antes de ser alcanzado. En el maizal estuve escondido hasta que empezó a clarear. Y cuando fué de día, me vine cortando campo y escondiéndome de la gente, porque me parecía que todos eran asesinos.

—¿Y los chicos?

—Yo creo que no se despertaron...

En efecto, en la colonia Candelaria se había consumado un horroroso crimen. Pedro Luppi, su mujer y tres criaturas, fueron degollados. Antes de darle muerte, habían ultrajado a la hembra, una lombarda de ponderada belleza. Sólo salvó la vida el mayorcito de los hijos, escapando en la forma por él relatada.

Las sospechas recayeron en Telmo Vaca, dueño de una tropa de carros que en época no lejana había tenido una cuestión con el "gringo zaino", como llamaban a Pedro Luppi los nativos a causa de la costumbre que tenía de encerrarles los animales para cobrarles supuestos daños en los sembrados.

Después de la disputa con Vaca por el encierro de la caballada de los carros, el colono había dicho a algunos paisanos suyos, según supo la policía, estas textuales palabras: "qu'el fié d'un can el ve mazam".

Por su parte el sobreviviente hijo de la víctima, en rueda de presos señaló a Telmo Vaca como al hombre que amordazó a su madre. La validez de este testimonio era relativa a causa de que el chico había declarado, antes del reconocimiento, que el asesino era más bien bajo, de la estatura de la mujer asesinada, mientras que el santiagueño de tan largo, en los catres "dormía con las patas colgando".

La pieza de convicción de mayor fuerza, resultó la pericia del "rastreador" Lisandro Casas, que reconoció en unas huellas próximas al teatro del suceso, las pisadas del caballo de silla del inculpado.

Los vasos del doradillo son igualitos a la güeya y se advierte también que es rastro de caballo pasuco.

El paisano llama pasuco al ambladar, que por caminar levantando a un tiempo la mano y la pata del mismo lado, no supera las pisadas como el común de los caballos.

De mocito, Telmo, aguijoneado por el deseo de mejorar de situación, dejó a su sediento pueblo de Añatuya y se vino a la Candelaria, colonia de reciente formación que congregaba a extranjeros de diversos países y a criollos de otras provincias. Era el tiempo en que se araba con el fusil en bandolera por la constante amenaza de los malones.

En este ambiente lleno de peligros y en la arriesgada faena de amansar novillos casi salvajes para el arado, el santiagueño Vaca hizo los ahorros con que compró el primer carro, base de la tropa numerosa que poseía cuando lo privaron de libertad. Tenía formado también un hogar y vivía rodeado de sus hijos y gozando de buen conceptos. Los chacareros, al encargarle el transporte de su trigo, delegaban en él la fiscalización del peso en la entrega del cereal al acopiador.

Tales antecedentes como tampoco sus vehementes protestas de inocencia obstaron para que la justicia lo condenara, por "presunciones graves", a 25 años de presidio y accesorias, privándolo de la libertad, de los bienes y hasta de la familia...

Quizá en la severa determinación de los jueces influyó la catadura del procesado, que tenía un oblicuo y fiero mirar y una boca de escuerzo.

Telmo Vaca salió de la prisión cuando hubo cumplido los 55 años de edad. En Villa Casilda, núcleo de la colonia Candelaria en que residiera antes del trágico suceso, le informaron que su mujer y sus hijos habían abandonado hacia mucho tiempo esos lugares y que desde entonces jamás se supo de ellos. Le dieron también unas vagas referencias acerca del cambio de nombre de su familia, autorizado por la justicia. El hombre quedó desolado.

Por otra parte el desvío con que era tratado por viejos conocidos, le hizo comprender que nadie creía en su inocencia: que lo consideraban el principal autor de los degüellos y del ultraje a la mujer asesinada.

Obedeciendo quizá a las misteriosas influencias que retuvieron a Lampieur, el protagonista de El Acoso de Carco, cerca del lugar del crimen, Vaca, afrontando el desprecio de todo el mundo se quedó allí. Como una alimaña, fué a esconder su vida en una cueva practicada en las barrancas del Carcarañá. Y para subvenir a sus limitadas necesidades, carne y galleta, se dió a la tarea de extraer arena del río con un miserable carrito y unos "paicos", caballos que abandonan por inservibles los troperos...

Pero el viejo Telmo, no pudiendo sobrellevar esa existencia, se dió bien pronto a la bebida.

Tarde de la noche volvía el carrito zarandeando al borracho, tirado en el piso. Sin gobierno, los caballos seguían el camino a la costa, hasta transponer el movible puente de madera y detenerse cerca de la cueva. Los dóciles sotretas permanecían quietos en ese lugar hasta que el fresco de la madrugada despejaba la cabeza del santiagueño.



Siempre se dijo que los "paicos" eran los únicos amigos del viejo Vaca...

En los boliches y por los caminos, el borracho se solía desatar en improperios contra todo el mundo o refería interioridades de su vida en la prisión, que hacían ruborizar a los hombres. No dejaba cosa sabida o pensada sin decir y sabido es que "en cueros" el alma humana es repulsiva.

Sin embargo, cuando algún desalmado respondía a sus impertinencias con alusiones al crimen, el crapuloso viejo se transfiguraba y llorando protestaba su inocencia. Hasta los peor dispuestos contra el presidario, sentían entonces vacilar sus convicciones.

Los años y los decenios se fueron sucediendo sin que "el asesino Vaca", como lo llamaba la gente, variase de existencia. Extraía o acarreaba arena durante el día y se caía de borracho por la noche.

La superstición tejía sus consejas por que salía indemne de todo peligro. Mandinga se había erigido en el ángel custodio del mal hombre, que borracho resbaló cien veces en la barranca sin perecer ahogado; que otras veces cayó del carro sin que la rueda le quebrantara los huesos; que sobrevivió al cólera que hizo tantas víctimas inocentes en el pueblito y la colonia...

Había asistido al nacimiento de la villa, a su elevación a ciudad 35 años más tarde y con un lustro más su vida habría alcanzado el siglo.

Una noche creció el río hasta desbordarse en los puntos en que su cauce era menos profundo. La cueva fué cubierta por las aguas y se supuso que Telmo Vaca, ya "bichoco" por la edad, habría muerto ahogado.

Fué unánime la creencia de que así aconteció, aunque al descender las aguas nada se encontró en la cueva.

A guisa de responso, la plañidera doña Honoria, que se negaba a rezar por el alma del "asesino", dijo sentenciosamente: "Dios lo hizo vivir muchos años para que expiara su tremendo pecado"...

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

★

CIERTO Semanalesco Novelón, se ha dedicado, de un tiempo a esta parte, a la pedagogía social, creando para este fin una especialísima sección titulada: La conducta que corresponde en sociedad. En esta cátedra semanalicia se enseña correctamente la forma en que ha de conducirse el perfecto gentleman, ya sea frente a un acuario, a un oso hormiguero, a un patriarca, a una estampilla usada, a dos estampillas usadas y en general frente a un número más de estos adminículos. Se asesora también sobre las diferentes fases del saludo de acuerdo a distintas situaciones o lugares en que deba hacerse uso de esas morisquetas: cómo hay que saludar al ponerse el sombrero, al caerse del tranvía, al sacarse la camiseta, al hallarse en un terreno baldío, al salir de la confitería del Aguila o al introducirse a Napoli en Buenos Aires. No se descuidan tampoco cosas tan importantes como: el lugar adecuado para colgar las charreteras en caso de naufragio; la vida arriba del poney; la horizontalidad del gentleman rider; la mejor manera de tratar al caddie; y el sitio exacto donde tomar el Toddy. También se enseña a interpretar el lenguaje del pañuelo, el dialecto de la sábana, el coqueteo del abanico, las veleidades del ventilador, el uso adecuado de las palabras cucurrucho y cucaracha, cuándo ha de pronunciarse Calipso y cuándo ha de escribirse colapso; las sesenta y cuatro formas distintas para salir de un fumoir, evitando el living-room y todas las demás exigencias del Código Social que han hecho imposible la vida en el Arroyo Maldonado.

Para ilustración de los lectores daré algunos ejemplos sobre los tópicos que se tratan en el docto novelórino. Veamos:

FRASES CORTESES. — Durante la conversación es conveniente y agradable a nuestros interlocutores el que se vayan intercalando algunas frases amables y corteses, como, por ejemplo: "Tenga la bondad de decirme", "Me proporciona usted un gran placer con su conversación", "Usted perdone que le diga", "Le escucho encantado", etc. Siempre que la frase esté adecuada al momento y sin el abuso, que resultaría amanerado y poco grato al oyente.

Sobre todo la recomendación final ha de resultar sumamente útil para determinados casos patológicos y hereditarios con círculo de repetición. En lo sucesivo el número de oradores de esta naturaleza decrecerá enormemente gracias a estos consejos. Resultará difícil que se repitan los casos de gentlemen-riders que llegan de visita, tiran el smoking sobre el piano y comienzan con voz de falsete a recitar de punta a punta la alegre frase —le escucho encantado— durante tres horas y media, amenizando el recital con cambios de tono y de postura, saltos en alto sin impulso, lanzamiento de la jabalina y cuerpos a tierra sin apoyo.

Algunas reglas del saludo:

Las señoras o señoritas jóvenes inician el saludo a las personas de sexo diferente que sean superiores a ellas por edad o categoría social. Tratándose de personas de más o menos la misma edad o categoría, es indiferente que salude primero una u otra. Un señor que se encuentra con otro, acompañado de una dama, el primero, aunque sea de más edad o categoría, iniciará el saludo, por deferencia a la señora.

A pesar de los esfuerzos que reconozco debe desarrollar una sonata para saludar la momia de Sesostris, hallo correcta la primera recomendación. De acuerdo también en que si las dos personas tienen más o menos la misma edad, más o menos la misma categoría, más o menos el mismo apellido, la misma dirección, casi el mismo chaleco, idénticas facciones, mascarillas de yeso semejantes, es indiferente que salude primero uno o después el espejo. Sobre el triple saludo final haré algunos reparos: Si la señora que acompaña al señor es nuestra esposa o la señorita que en un cine continuado nos juró amor hasta el rigor mortis, es preferible evitar el saludo.

Un Pleito Nocturno

POR *Pedro Rojas*

Ilustró el autor.



LAS piedras de la callejuela tortuosa del pequeño pueblo lastimaban los pies de los poquísimos puebleros que se atrevían a cruzarlas, clavándose como guijarros puntiagudos en las alpargatas gastadas. De vez en cuando el aire, que en forma de sifón soplaba, silbando entre las casuchas de adobe, traía el eco alegre de alguna canción de amor que algún mozo, acompañado de guitarras, dedicaba a la moza que a través de una ventana vestida de flores escuchaba al trovero, cerrando sus ojos como poseída de un éxtasis. Al final de una de esas callejuelas retorcidas, minadas de recovecos y ennegrecidas, un farolito alimentado por una lamparita de aceite iluminaba el rostro moreno de una virgencita que en sus brazos sostenía amorosamente a un niño rubio y hermoso.

La mano piadosa del que construyó la hornacina que daba albergue a la virgencita, seguramente quiso con ello, no solamente satisfacer su fe religiosa, sino simbolizar una plegaria que señalada a los moradores de aquella casa. Esta era de dos pisos, toscos y de líneas desiguales, acusando su aspecto exterior una ausencia completa de todo sentido arquitectónico, pero no por ello dejaba de poseer cierta belleza ingenua. En ella vivía un viejo escribano reumático y achacoso, de gran prestigio entre sus convecinos y que por sus justicieros consejos, hijos de una larga experiencia, lo habían hecho el imprescindible arreglador de todos los líos y entuertos de los habitantes de aquella parte microscópica del mundo. Una moza fuerte y vigorosa le servía en los quehaceres de la casa, siendo la absoluta encargada, no sólo de poner en orden los útiles del viejo y carcomido moblaje que la adornaba, sino que atendía los complicados guisos del señor, al que por su viejo reuma articular, era menester cuidar en forma escrupulosa para no agravar más los dolores y alifafes que lo envolvían. Todo, pues, en aquella casa, era paz y silencio, donde la honradez se respiraba como único perfume que envolvía hasta los más recónditos huecos de todo su moblaje. En aquella noche silenciosa y melancólica, interrumpida intermitentemente por los resoplidos del viento, dos figuras tambaleantes y silenciosas aparecieron por el centro de la calleja y que al aproximarse a la lucecilla que iluminaba la imagen, se destacaron más vigorosas.

Eran dos mozos y uno de ellos conservaba en sus manos una guitarra. Se acercaron trabajosamente a la puerta y subiendo el peldaño casi derruido que servía de defensa a las correntadas en días de fuertes aguaceros, se asió del aldabón de hierro forjado y dió un golpe seco que retumbó en el interior del zaguán, poniendo sobre aviso a sus pacíficos moradores. Al golpe producido se abrió una ventana y apareció, con un candil en la mano, la sirvienta del escribano, la cual preguntó alarmada a los intempestivos visitantes, qué deseaban.



Venimos, dijo uno de ellos "porque no hay tiempo que perder" para hablar con don Fernando, que así se llamaba el escribano. La moza entró y comunicó a su señor el deseo de los visitantes, no sin añadir por su cuenta la creencia de que se trataba de dos borrachos a juzgar por su inestabilidad y desfallecimiento al percibir sus palabras entrecortadas y confusas. Dado el estado de los mozos, según confesión de la sirvienta, el viejo escribano dudó de recibirlos o no, pero en vista de lo que dijeron "que no había tiempo que perder", se decidió por lo último, ordenando a la sirvienta que bajara a abrirles la puerta y los guiara hasta su escritorio, si así podía llamarse a la pieza que destinaba para solventr conflictos caseros y enredijos curialescos.

Ante el achacoso don Fernando, que tocado de un viejo gorro de lana tejida, sus grandes gafas y calzado de zapatillas de orillos, se sentaron en sillas de paja los dos mozos. Trabajosamente uno de ellos expuso las razones que a los dos les habían llevado a aquella casa en busca de la ley y de la justicia.

Uno fué el antiguo novio de la moza, la cual lo abandonó por no sabía qué causas, el otro, el nuevo amor que ella aceptaba y que él correspondía, brindándole con una ronda y cantándole con arrebatos de pasión su felicidad y sus sufrimientos. Uno quería saber si tenía derecho a ser desposeído de su ex novia, por la que siempre suspiraba y el otro, si una vez abandonado por ella, el galán tenía derecho a prohibirle la ronda y la copla.

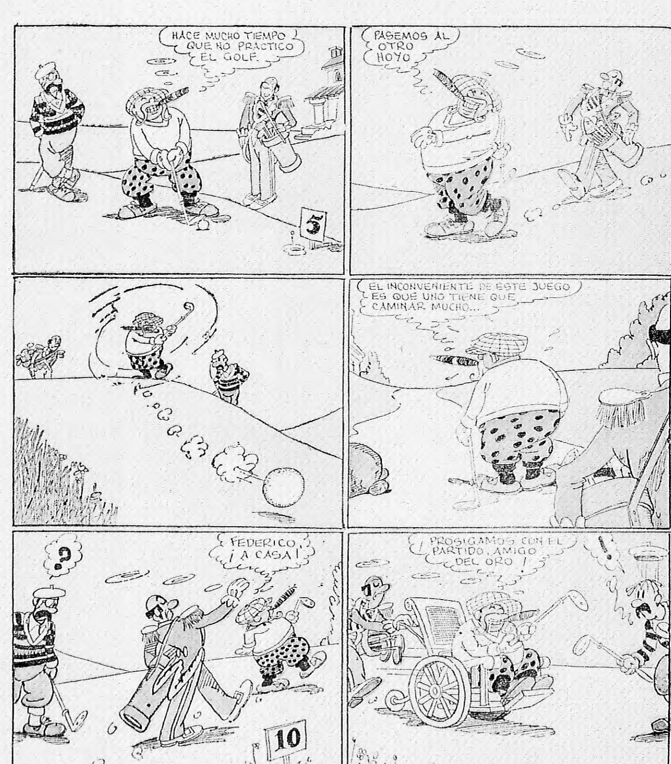
Después de pensarlo breves momentos, toser, ajustarse el gorro y rascarse la cabeza, el viejo escribano falló el pleito en beneficio del segundo, fallo que acataron los mozos silenciosamente. Tras una pequeña pausa, los tres se pusieron de pie, despidiéndolos cortesmente don Fernando, no sin antes hacer que se dieran la mano en señal de paz y concordia.

La sirvienta, con el candil en la mano, bajó primero, alumbrando a los dos hombres, que agarrándose fuertemente al pasamanos de la vieja escalera, descansaban sus pies en cada escalón, como si les pareciera hallar un consuelo al sentir el contacto de un plano seguro.

Al cerrar la puerta y a su regreso por aquella escalera de amargura, observó que manchas de vino se sucedían de peldaño a peldaño. No bien llegó al escritorio del señor así se lo manifestó y éste, al fijarse en las sillas donde habían estado los mozos contando sus dolores, pudo ver claramente que de los asientos de paja de las sillas caía un hilo de sangre, que había convertido el suelo en una alfombra rojiza y humeante.

Apoyado en su viejo bastón, don Fernando se dirigió hacia la ventana y abriéndola silenciosamente, miró hacia la callejuela. Dos bultos inmóviles yacían caídos en la vereda. La lucecilla de aceite de la virgen morena sólo alumbraba las caras amarillentas de dos bravos muchachos y las hojas de acero de dos cuchillos rojos en sangre.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





EL DIOS THOR

★

Salía yo esa noche, de lo que se llama una sesión de espiritismo. En la penumbra de una sala alumbrada por una sola bujía, una mesa, animada por la fuerza nerviosa de los adeptos que la rozaban, habíase agitado — sencillamente — por la inconsciente mediación de los asistentes, y ejecutado pamplinas variadas que convencieron a los pobres de espíritu que el fantasma de un hombre de otras épocas, se había introducido, por algunos minutos, en las fibras de la mesa, cosa de ponerse, ese pobre muerto, en comunicación con los vivos.

(Me apresuro a manifestar que no creo en el espiritismo y que siempre he considerado unos tontos temerarios a todos esos que encuentran divertido jugar a ciegas con fuerzas terrestres sin duda alguna, pero desconocidas, y por ello, tanto más peligrosas).

Salía, pues, de donde dije. Alguien, que salía también, tras de mí, me tocó en el hombro:

—Señor — me dijo ese hombre, ex-abrupto — ¿Qué le parece a usted todo esto?

—Nada — dije. He visto, ya, girar las mesas. Hay ahí, indiscutiblemente, un hecho. Pero, aunque no tengamos aún una explicación satisfactoria en absoluto, esta explicación existe en alguna parte. Hay infinidad en la naturaleza de cosas de toda índole, que no comprendemos mucho más que aquélla, y que no dejan de ser muy elementales. El fenómeno de las mesas giratorias no tiene seguramente, nada de sobrenatural, y, el día que se lo e x p l i q u e, probablemente quedaremos sorprendidos de su sencillez.

El hombre, esta vez, me golpeó la espalda:

—Por fin — dijo — encuentro alguien que quizá comprenderá.

Lo miré, medio ofuscado, medio ofendido.

El notó, pero haciendo caso omiso, todo sonriente:

—Señor — prosiguió — debo parecerle a usted un mal educado. Pero eso importa poco. Al contrario, interesa grandemente, que me parezca usted, persona de buen sentido, y hasta mostrando algunos destellos de inteligencia. Señor, tengo necesidad de testigos como ustedes; y, de buena o mala gana, me va usted a seguir.

En mi interior, me preguntaba: "¿Es un loco?"; él leyó en mi pensamiento y sonrió:

—No, señor, estoy en mis cabales. Venga pues conmigo.

Maquinalmente, s a q u é mi reloj. Detuvo mi gesto:

—No mire usted la hora: aunque fuera tarde, vendría usted, porque tengo necesidad de que venga. A mí no se me resiste, s e ñ o r; sería muy arriesgado, créame.

No puedo decir que tuve miedo; sería exagerado. De todas maneras, seguí a ese hombre.

Lo miré mientras andábamos. No me pareció extraordinario, bajo ningún concepto. Asimismo — tenía quizás razón de afirmar que no era loco. Por lo menos, no tenía, absolutamente, la apariencia de un alienado.

Olvidaba ubicar el cuento. Sucedía todo eso en Auteuil. En la Rue de Ranelagh. Y era hacia el Bois que me arrastraba mi extraño guía

Llegados que hubimos al ángulo de la calle y del boulevard de Beauséjour, vi una especie de café. El hombre se fué derecho a él.

—Me disculpará usted — dijo —, es necesario que me siente un momento.

Es lo que hizo. Me senté frente a él. Pidió que se nos sirviera de beber. Y cuando trajeron nuestros vasos, le vi poner en el suyo varias pulgaradas de un polvo gris que extrajo de una especie de cigarrera. Después de lo cual, bebió de un trago.

—¡Puf! — hijo —, esta cerveza es una droga!

Diciendo esto, me miraba, y se reía. Después se levantó, pagó y volvió a salir. Y yo, en su seguimiento.

Por otra parte, no fué lejos. Habíamos subido al puente [illegible] al final de la calle de Ranelagh, pasa por sobre el ferrocarril... En la mitad de este puente el hombre se detuvo:

—Señor — me dijo entonces con cierta gravedad —, va asistir usted a algo natural, pero desconocido. Séame testigo, se lo ruego. Es con esa intención que lo he traído hasta aquí, ya se lo dije. Y me disculpo. No habrá, que yo sepa, mesas giratorias que valgan jamás, en cuanto a curiosidad, lo que va usted a ver.

Cuando hubo dicho esto, lo miré con atención. Me pareció que estaba más pálido y que sus ademanes se tornaron, simultáneamente medidos y exagerados. Hablaba con voz ronca y las palabras se precipitaban en su boca chocándose las unas con las otras. ¡Qué veneno inquietante había mez- [illegible] en ese vaso de cerveza que bebió delante mío? No lo supe, ni, probablemente, llegue a saberlo jamás.

En cuanto a lo que ví, hélo aquí:

Ví, por encima del hombre inmóvil, cierta cosa que nacía: — algo como un resplandor —; cual un rayo de luna y, por instantes, aquello se afianzó, se tornó más claro, más luminoso. No tocaba la cabeza del hombre: coronaba esta cabeza; estaba así como suspendido por encima, semejante a una llama que hubiera ardido misteriosamente en el aire, sin que uno pudiera distinguir el combustible. Ví agrandarse esta llama. Primero fué breve, incolora y deslucida. Luego, se extendió, se hizo brillante; al mismo tiempo su color se precisaba: violeta vivo. Aquello no deslumbraba, y sin embargo sufrían los ojos, al mirar ese violeta, probablemente mezclado con rayos químicos.

Ahora, aquello tomaba la forma y la estatura de una sombra humana, luminosa, impalpable. De una sombra de fuego que flotaba por encima del hombre. El, por otra parte, no se había movido, y permanecía ante mí, de brazos cruzados, rígido. Prestando atención, creí distinguir una como apariencia de cordón luminoso que liaba juntas las dos cabezas: la cabeza de carne y la cabeza de llama. Ese cordón me hizo la impresión de ser extrañamente elástico: por momentos, lo veía aumentar y disminuir, dilatarse y reducirse, conforme a las agitaciones de la extraordinaria llama suspendido: ya que, si bien el hombre no se movía, la sombra encendida, al contrario, se agitaba, subía, descendía, oscilaba, saltaba... Recuerdo todo aquello perfectamente, no obstante mi pavor... pues... ¿porqué mentir?... mientras duró la prodigiosa experiencia, todos mis huesos tiritaban de miedo. Pero el miedo es un buril que graba, bien hondo, en nuestro recuerdo, todas las cosas.

De repente, el hombre, que seguía mirándome, habló:

—¡Mire usted! — dijo.

Sujetaba con las dos manos el parapeto del puente, contra el cual se apoyaba. Rápidamente se volvió, miró a lo lejos, después, bruscamente, se inclinó hacia adelante, con brutal sacudida. Entonces vi a la sombra iluminada sobre su cabeza, seguir su movimiento; pero seguirlo con infinita violencia. Sucedió como si la llama hubiera sido arrojada hacia adelante: semejante al chorro de fuego que vomita un cañón. Salió aquello como proyectil, agrandándose desmesuradamente. Un árbol estaba delante, a cincuenta metros, a cien quizás: la llama transformada en bola de fuego, lo atravesó con estrépito formidable: ví las ramas asoladas dispersarse y hacerse añicos como en una borrasca. Me pareció que más allá, mucho más lejos que el árbol, en el Bois, otros ramajes se agitaban, se tumbaban...

De nuevo, el hombre estaba ante mí, de pie, derecho. Vacilaba, como extenuado. Su estatura me pareció disminuída y sus espaldas agobiadas. Por sobre su cabeza, ninguna llama visible.

—Señor — me dijo al fin, con voz sorda y como quebrada —, si es usted curioso, irá mañana a inspeccionar, allá abajo, las orillas del lago Inferior.

Dicho lo cual, se fué intempestivamente. Yo no tuve ni el tiempo ni el deseo, y sobre todo, ni el valor, de seguirlo.

Desde lejos, me gritó:

—Señor, lo que yo acabo de hacer, cualquier otro lo haría tan bien como yo... si supiera. Aprenda usted, señor.

Y desapareció.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que ví:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruídos, desrraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. Juro que es cierto.

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlin

















